

# Urú

**Sergio Alvez**

## DESINSPIRACIÓN

Afuera llueve. Ya preparó la polenta con queso. Ya la comió. Van dos vasos de vino. Colón. Merlot. Sobre la mesa, un mantel verde, unas llaves, el vaso, la botella, unas pocas monedas desparramadas, papelillos, un palosanto a medio quemar, el cuadro descolgado de Horacio Quiroga (y su mirada de hijo de puta). La hoja en blanco. Es hora de empezar a decir el documento de Word en blanco.

Las rodillas inquietas, las manos expectantes. La soledad, rotunda. Es hora de empezar a decir. Pero no hay ideas. No hay palabra ni situación ni historia. La intención de escribir se diluye. Sopla el viento, caen las paltas, hace frío. Todo argumento parece inconsistente. Nada en la nada. Todo el ritual en vano, falso, forzado: no hay nada que escribir. Es un infierno, que se

puede terminar si apaga esa computadora y simplemente se dedica a terminar el vino hasta que el sueño. Hojea libros, despojando hasta de la vergüenza de robar. Se sirve otro vaso. Ningún personaje al acecho. Su pensar como una calle vacía, desprovista de toda acción, de todo movimiento. La memoria seca, devaluada. Ya ni siquiera fuma. Dejó por miedo a morir.

No hay música ni recuerdo que alimente una esperanza de creación literaria. Las rodillas tiemblan más, los dedos inertes, el sonido del motor de la heladera taladrándole el cerebro. Está a punto de desenchufarla. Se sirve más vino. Ningún rastro de inspiración. No existe. Se resigna: no va a poder escribir nada. Es peor, mucho peor, que la impotencia sexual. Podría salir a caminar bajo la lluvia. Pero no se engaña, eso no cambiaría las cosas. Solo le queda la carrera por llegar al final de la hoja, como sea. Tantas cosas vio, tantas vivió, tantas le contaron, tantas leyó, pero ahora no sirven de nada. Son solo cosas, intrascendentes y aburridas.

Hay tantas cosas más importantes y valiosas que escribir, ¿para qué mierda se obsesiona y lastima con esa intención de palabrear? ¿A quién le puede importar una historia? ¿para qué sirve un poema? ¿y un cuento? Todo cuanto pueda hacerse es más útil. Apura otro vaso, desespera. Nada sucede. El cementerio de la imaginación.

Todo es en vano. Indigencia de gracia e instinto. Miseria de palabras. Un río seco. No puede, ni debe escribir nada. No alcanza con querer.

En consecuencia, abandona.

El consuelo, insignificante, es que la hoja está llena (a tamaño de fuente 12 e interlineado 1,5) y que todavía hay vino. Afuera llueve. Eso ya lo dijo. Eso todos lo saben.

## CENA

El niño se inclina y recoge al gorrioncillo caído. Tiene las alas rotas (el ave, no el niño). Ha caído de un árbol (el ave, no el niño). El niño sigue caminando con el pájaro entre las palmas. En la entrada de un restaurante cerrado, un viejo de barba blanca los mira pasar.

—Pobrecito. Puedo sanarlo. Pronto volverá a volar.

El niño le da el pájaro al viejo.

Es de noche. El viejo va hacia el río. Carga agua en su latón. Hace fuego con leña. Hace hervir el agua. Coloca en el agua hirviente al gorrioncillo, y lamenta no tener ni un poquito de sal. Lejos de ahí, el niño se duerme.

## AMOR DE PERNAMBUCO

Jandiara camina por el andén de la terminal de Oberá. Fuma un Eight. Son las seis de la tarde. Un Sol del Norte estaciona en el andén número siete. Las gentes bajan. Vienen de San Pedro. Han viajado más de cuatro horas.

Jandiara tiene puesto un short de jean y una musculosa verde. Lleva un morralcito de hilo. Mira fijo a los hombres que bajan del colectivo. Algunos van solos, otros no, pero todos le devuelven la mirada.

Jandiara mide casi dos metros, tiene el pelo corto, entre rubio y canoso; ojazos celestes y huesudos rasgos germánicos. Le sonrío a los hombres. Ninguno se detiene. Le gustó especialmente uno que le devolvió la sonrisa, pero que ahora sube las escaleras hacia la cantina. Lo sigue, despacio. Lo observa sentarse, dejar su bolso a un lado, pedir una cerveza. Se acerca.

-Qué lindo estar soltero –saluda Jandiara.

El morocho le hace una seña para que se siente.

Conversan un rato. Una cerveza, después otra. Y otra.

Jandiara es buena conversando. Tiene todavía el acento encantador que se trajo, hace tanto ya, de su natal Pernambuco. Después ese acento transmutó al vivir ella en las colonias tabacaleras del norte: primero San Antonio, Caburéí, Andresito, 25 de Mayo. Ahora Oberá. Siempre escapando de alguna historia.

-No cobro. No quiero plata. Solo divertirnos. Si quiero plata puedo conseguir fácil- le aclara al morocho.

-Vivo en Campo Viera. Con mi viejo y mi hermano. Pero tengo mi pieza. Vamos para allá y te invito más cerveza y algo para comer. Tengo un equipo de música.

-¿Cómo te llamás?

-Ramón.

-Yo soy Jandiara. Me dicen La Polaca. O la Flaca. Y otros apodos que no te voy a decir todavía. Tengo camisinha en esta cartera.

Una birra más y después toman el bondi a Campo Viera. Ya es de noche. Se sientan en el fondo. Ella le canta al oído. Una vieja canción de Pernambuco, que su padre le cantaba de niña.

Llegan. Hay que caminar dos kilómetros por una picada. Ramón tiene una linterna que ilumina el camino, entre yerbales. Llegan al rancho.

Eusebio, hermano menor de Ramón, está sentado en el patio de tierra, escuchando cachaca y tomando vino. La escena es insólita: hace años que una mujer no pisa este rancho. Don Calisto, el padre, también está sentado en un rincón. Casi no ve nada, y está medio sordo. Le cuesta caminar. Va a cumplir 80 el año que viene. Tuvo una vida dura. Fue urú y bagayero. Sus hijos, en cambio, no tienen demasiado apego al trabajo. Jandiara saluda a los dos. Le traen un sillón. Eusebio le sirve un vaso de vino.

-Estamos tomando cerveza-dice Ramón.

-No importa, ahora voy a tomar vino- -contesta Jandiara, con un sonriente trago de tinto.

Pasan las horas. Corre el vino y la cerveza. Bailan. Ríen. Los hermanos y Jandiara. Ella cuenta sus anécdotas. De cuando le robó el camión a un gaúcho allá en Porto Alegre. De cuando uno de sus maridos la encontró amándose con un peón en el tabaco y se armó brutal balacera. De cómo le gusta bailar, y beber y acostarse con hombres.

Pero hay una discusión entre ellos. Sabe Jandiara que es por ella. Por ver quien va a la cama con ella. Aunque ya les propuso a los dos ir los tres juntos, Ramón insiste en que sea con él solo. Se cagan a piñas los hermanos. Se alejan hacia el yerbal. Se



persiguen a facazos. Se encuentran en la oscuridad, caen, sangran, gritan y vuelven a atacarse.

Mientras, Jandiara se acerca al viejo Calisto. Le acaricia el pelo.

-No se preocupe abuelo- le susurra.

La lengua de Jandiara juega con la oreja del anciano. Se arrodilla. Desprende su cinturón. Busca con su boca el miembro yacente del viejo. Trabaja. Logra una milagrosa erección. Se desnuda. Se sube encima del viejo, cuyo corazón, al cabo de unos minutos de cabalgata, se apaga.

Jandiara se viste. Va a la letrina. Se escuchan los gritos perdidos de los hermanos en el monte. Una luz de sirena penetra la oscuridad. Mejor irse. Jandiara se aleja. Fuma un Eight. Camina y se pierde en las picadas. Amanece. Hay un arroyo. Se lava. Al fin, encuentra como salir a la ruta 14. Tararea Amor de Pernambuco. Hace dedo y enseguida está en la terminal de Oberá de nuevo. Un hombre solo toma una medida de caña en la cantina. Jandiara se acerca.

-Qué lindo estar soltero. -le dice.

## REIKI

El Falcon me venía fallando. Después de años de fidelidad absoluta, me había dejado tirado en la ruta un par de veces. Modelo 72, herencia del viejo, pedía a gritos un descanso o un motor nuevo. Llevalo a Maneco, me dijeron. ¿A quién? Maneco, ahí en Villa Cabello. Está manejando nuevos sistemas para autos viejos. Andá.

Llegué a lo de Maneco un día después. Me llamó la atención que en vez de posters de minas en bolas, en las paredes había retratos de Iemanjá, Un Buda, y la imagen de una persona con los Siete Chakras marcados. No olía a nafta o aceite: se respiraba un fuerte aroma a sahumero y palo santo. Maneco era alto, fibroso.

"¿Qué le anda pasando?" me preguntó con tono calmado. Comencé mi lamento. Le conté de todos los males de mi Falcon rojo: la pérdida de aceite, el carburador desregulado y sucio, el varillaje

de los cambios podridos, el andar cansino y ruidoso, los aros fundidos, en fin. Maneco se agachó para ver los amortiguadores. A diferencia de todos los mecánicos del mundo, no se le vio la raya del culo. Tenía un pantalón de bambula verde y una camisa estilo hindú.

"Bueno, manos a la obra" dijo.

Cerró los ojos, extendió sus brazos, abiertas las palmas. Comenzó a circular por alrededor del auto. Posaba sus manos en el aire, cerquita del auto pero sin tocarlo, absorto en su meditación. Luego me pidió que abra el capot. Pasó sus manos sin tocar nada, sobre el motor deshecho.

"Listo" me dijo. "Probálo, y si está mejor, no vuelvas, no me debés nada". Me subí al auto, puteando por dentro a ese tal Maneco: confieso que atribuí todo a la droga. Dispuesto a buscar un mecánico de verdad, arranqué y salí por la avenida Eva Perón. Entonces lo percibí. De repente, el motor estaba silencioso, el andar suave, los cambios entraban perfectamente, ya no estaban los sonidos horribles del carburador mugriento. Un violín. Salí a la ruta para pisarlo. Impecable. Como cuando era nuevo.

Desde entonces, no pisé más un taller mecánico. Cada tanto nomás, vuelvo a lo de este Maneco para armonizar un poco las bujías.

## MATE

Ruben Molina nació y se crió en la picada Itatí. Hizo hasta tercer grado y después, como casi todos en el paraje, tuvo que dedicarse de lleno a la tarea. A los 18, volviendo en pedo de un baile en Oberá, se le dio por cuatrerear. Con su amigo el Polaco Machicoy, descueraron a machetazo limpio una de las vacas del Mencho Penayo. Se llevaron la carne en ponchada hasta la casa del Polaco, donde hicieron alto asado y siguieron farreando grande hasta la tardecita.

Mencho Penayo se enteró al otro día. Uno de sus peones, silencioso testigo del hecho, le puso al tanto de todito cuanto había pasado. La policía detuvo a Ruben y Polaco a las pocas horas de la denuncia.

El Polaco Machicoy quiso retobarse y ahí nomás, en el patio de su propio rancho, los milicos le reventaron el cráneo a rebencazos. Ruben no opuso resistencia cuando lo fueron a buscar. Se dejó

llevar, ante la mirada abatida y llorosa de su madre. Le tuvieron un par de meses en la comisaría y después le mandaron a la cárcel de Candelaria.

Adentro, Ruben Molina era un sujeto callado y taciturno, más aun que cuando estaba libre, lo que ya era bastante decir. Lo único que hacía era tomar mate todo el día.

Lavaba ropa de otros presos para poder ganarse la yerba, ya que nadie iba a visitarle. Una vez le robaron su termo y su mate. Tuvo que levantarle la voz al ladrón. Éste le desafió a pelear. Se agarraron a facazos en el patio. Entre cinco guardias tuvieron que separarlos. El incidente le costó a Ruben una sesión de picana y catorce días en "la tumba", donde no se veía luz alguna. En esos días, toda la comida se reducía a un pedazo de pan duro por día. Cuando salió debieron internarle. Estuvo una semana en el hospital y al volver a la cárcel, ya no era el mismo. Hablaba solo. Movía la cabeza en círculos, de la nada. Simulaba tomar mate aunque no tenía equipo. Había enloquecido.

Un compañero de celda le consiguió un mate y un termo. Ruben tomaba mate con ese equipo. Y cuando se quedaba sin agua, seguía tomando igual, largas horas, chupando la bombilla con el mate vacío. Eran muchas más las veces que tomaba así, sin nada, que las que tomaba de verdad.

Cuando entró el nuevo director penitenciario, al ver que nadie reclamaba por Molina, y que éste era un loquito que no parecía ser peligroso para la sociedad, se decidió darle la libertad. Le llevaron a una zona rural Corrientes, y ahí le largaron.

Ruben deambuló por los campos varios días, hasta que encontró un pueblito. Allí, una mañana, entró a una casa. La mujer que la habitaba pegó un grito al ver a aquel sujeto sucio y harapiento en su cocina. Ruben le tapó la boca. Ella entendió que debía hacer silencio. Él puso sus dos manos en el cuello de ella y presionó un poco.

—Mate. Hací un mate. Un rico mate. – le ordenó.

La mujer, temblando, encendió la hornalla. Ruben se sentó en una de las sillas, sin quitarle la mirada de encima. La dueña de casa quitó la yerba vieja de un porongo y la cambió por yerba nueva. Le preguntó, al borde del llanto, si lo quería dulce o amargo. Ruben contestó que amargo. Cuando el agua se acercaba a su punto de hervor, la mujer apagó la hornalla y llenó el termo. Sacudió el mate para sacarle el polvillo. Clavó la bombilla en la yerba, le tiró un chorrillo de agua de la canilla, chupó ese primer mate frío, y lo escupió. Ruben sonría al observarla.

Cuando al fin le pasó el primer mate, Ruben se llevó la bombilla de inmediato a la boca. Chupó. Permaneció un instante en silencio, con la vista clavada en los ojos de la mujer.

—No me mate, por favor- suplicó ella.

—Dame otro- dijo él.

Ella volvió a cebarle. Ruben saboreó ese segundo mate con visible emoción.

Después puso el mate sobre la mesa y salió caminando despacio de la casa, hacia la calle. Caminó en dirección a la ruta, con el alma serena y los pasos lentos. En ese mismo momento en que se alejaba, la comisaría recibía el llamado de la señora.

## **BARRO**

El diciembre pasado vino a visitarme mi entrañable amigo Milton. Llegó de tarde. Hacía un calor tremendo. Fui a buscarlo a la terminal de Apóstoles con mi viejo Volkswagen Gacel. Fuimos a casa. Pasamos del tereré a la cerveza, de la cerveza al asado y del vino a la madrugada. Había mucho que hablar. Mucho para reír y recordar. Somos amigos desde el jardín de infantes. O sea que nos conocemos hace más de treinta años. Aunque mi amigo vive en Buenos Aires y yo en Misiones, de algún modo la amistad se mantuvo pese al tiempo y la distancia.

Al día siguiente hacía más calor aún. No soplaban viento alguno y el aire estaba caliente, denso. La muchedumbre de chicharras, enloquecida, musicalizó la siesta. Mientras le dábamos a un tereré aguachento y con cocú –mata resaca- , propuse ir a algún lugar más fresco. Un salto, un arroyo, una cascada, una pileta. Mi



amigo Milton es artista plástico y pasa sus días en la fascinante pero sofocante jungla de concreto . Me pareció absurdo que estuviéramos ahí en la vereda de un barrio, cuando bien podía ofrecerle visitar alguna de las bellezas naturales que teníamos alrededor, a pocos kilómetros.

Si bien yo ya tenía el auto para la venta y me había jurado no volver a utilizarlo – ya ni seguro al día tenía- , la ocasión lo ameritaba. Renovamos el tereré y salimos. “Vamos al paraíso” le anticipé a mi amigo mientras nos adentrábamos en la ruta desierta. Tenía en mente llegar al Parque Provincial de la Sierra, uno de los lugares más mágicos de esta tierra.

Cinco grandes saltos, selva, naturaleza profunda. “Vas a flashear” le anticipé. El camino reviste cierta dificultad. Entrando desde las afueras de Apóstoles, unos 28 kilómetros de tierra y tosca separan la ruta del lugar.

Al inicio del trayecto, nos cruzamos con un vehículo. Manejaba un gringo. “¿Cómo está el camino hacia el parque”? le pregunté. El polaco arrugó la frente, con la vista clavada en mis neumáticos delanteros. “Está feo” sentenció. Y siguió. Pero el día estaba estupendo. No había llovido en los últimos diez días y andando despacio se podría llegar sin problemas. Seguimos viaje. Enseguida el monte y sus sonidos nos envolvieron. Pasamos por una escuelita, cerro arriba, que era junto a un par de casitas, el

último rastro de humanidad que veríamos en los siguientes quince kilómetros.

Fuimos lento pero seguro. La mayor parte del tiempo en segunda, por momentos tercera y no pocos tramos empinados, en primera. Era un motor castigado, y a falta de un buen cambio de aros, calentaba aceite a lo loco.

Cuando estábamos llegando, espesos nubarrones que habían salido de la nada misma en una tarde bien peronista, nos rodeaban amenazantes. En cuestión de minutos, se desató una tormenta. Truenos, relámpagos, y lluvia en ráfagas oblicuas y violentas.

“No pasa nada” le dije a mi amigo. Le expliqué que en el lugar había guardaparques que de seguro nos acogerían y brindarían resguardo. Esperaríamos a que pase la tormenta para recorrer los saltos y si no, nos quedaríamos a pasar la noche con los guardaparques de turno.

En medio de la llovizna, estacioné el auto enfrente de la cabaña de los guardaparques. Una camioneta del Ministerio de Ecología estaba aparcada en el garaje techado. Un hombre ayudaba a una guardaparques a cargar cosas de la casa a la camioneta. Me acerqué a ellos, me presenté y les comenté nuestra situación. Ella no habló. El tipo me dijo que no era posible que nos quedemos. Alegó que esta clase de lluvias

duraban varios días, y que el arroyo que estaba en la entrada desbordaría, y que de ocurrir eso, quedarse en el parque implicaría permanecer allí sin poder salir varios días. Le expliqué que por la temperatura del motor, me resultaba imposible emprender el regreso al menos en media hora. "Poné el auto del otro lado del arroyo" sugirió el tipo, antes de subirse a la chata junto a la bella guardaparques. Salieron arando y desaparecieron. Obedecí. Llevamos el auto hacia afuera, del otro lado del arroyo, que ya empezaba a agigantarse.

El motor no daba más. Pedía a gritos un descanso. Miré a mi amigo Milton. Habíamos pasado por todo tipo de situaciones juntos. Una tormenta en la selva no era nada sobre las espaldas de nuestra amistad.

Tal vez ya eran las seis de la tarde. El motor había descansado apenas quince minutos. Estábamos empapados. La lluvia caía con furia sobre la estepa. Pájaros de todos colores huían hacia otros lares. Enormes charcos de tierra roja se formaban bajo nuestros pies. Mi amigo danzaba bajo la lluvia, embebido por la verde natura. Era una pena que no conocería los saltos, pero no quedaba otra que volver. "Bueno, vamos" le dije.

Subimos al auto de nuevo. Siempre llovía.

Hicimos menos de doscientos metros y tuvimos que parar. El barro había tomado por completo las ruedas. Todos los

neumáticos estaban recubiertos de capas de barro. Hasta los amortiguadores estaban empastados. Por eso el auto no avanzaba. Bajamos y empezamos a quitar el barro de las ruedas con las manos. Siempre llovía. Era una tarea demencial. Luego me subí al auto y arranqué. Hicimos cien metros más y otra vez se empastaron las ruedas.

Repetimos la operación de parar y sacar el barro de las ruedas con las manos unas veinte veces. Nosotros y el auto estábamos absolutamente cubiertos de barro: éramos el barro. Barro hasta en los ojos. Ya era de noche. Siempre llovía. Habíamos hecho seis kilómetros hasta que el arranque dijo basta. El auto murió.

Milton y yo nos miramos. Reímos. Intentamos empujar el auto. Éramos dos siluetas marrones en la penumbra del monte nocturno. Un puñado de bichitos de luz oscilaba entre guiarnos y burlarse de nosotros. En una de las empujadas del auto caí. Me fui de boca al barro. Milton se revolcó de risa.

No nos dábamos cuenta pero debajo del barro nuestros brazos y piernas estaban llenos de heridas. La presencia humana más cercana estaba a por lo menos, ocho kilómetros. Esto era, en esas condiciones, un hora de caminata. "¿Qué hacemos?" le pregunté a mi amigo. La lluvia, el barro, el cansancio y la oscuridad total, no eran buenas consejeras en la noche. Decidimos caminar hasta encontrar una casa donde pasar la

noche. Pero a los pocos metros, el tenebroso sonido de una jauría ladrando sobrevoló el monte y llegó a nuestros tímpanos como una sinfonía endemoniada.

“La gente acá deja los perros sueltos, por los cuatrerros, para que no le roben las vacas” informé a mi amigo. Éste reflexionó: “si unos perros de éstos nos encuentra somos boleta”. Contesté: “sí, pedacitos”.

Comprendimos que lo más seguro era volver al auto. Siempre llovía. Nunca en mi vida había visto tanto barro. Barro por todos lados. En el cuerpo, en el auto, en el suelo, al norte y al sur: barro.

No metimos en el auto, que estaba en el medio del camino. Nos quedaba un solo cigarro. Fumamos. Recordamos un par de historias. No había comida ni agua. Solo la noche avanzando. La lluvia. El aroma a barro. Reclinamos los asientos. Dormimos.

Amaneció. Abrí los ojos. El monte, el barro. Observé a mi amigo todo embarrado y como desmayado. Eran esos primeros segundos en que uno no sabe dónde está. Lo primero que se me pasó por la mente fue que tuvimos un accidente. Bajé del auto. Un tucán me miraba desde la rama de un lapacho. Encontré un charco y me lavé la cara. Vi mi rostro en el reflejo del agua marrón. Recordé lo que había pasado. Mi amigo dormía. Me

senté a un costado, encima de una piedra. Cuando despertó, todavía llenos de barro, comenzamos a bajar el cerro.

## MUDANZA NOCTURNA

Nunca es recomendable mudarse de noche. Una buena mudanza requiere de buena luz. Pero a veces no queda otra. Llegué a la nueva casa cerca de la medianoche. El irrumpir de la camioneta y la descarga de mis muebles interrumpieron el silencio del barrio. La casita tenía un comedor, un baño y una pieza. Era pequeña pero se percibía cierta calidez. Había un solo foco adentro, en el cuarto. No quise hacer tanto ruido, así que me propuse simplemente acomodar la cama en la habitación, irme a dormir, y proseguir al día siguiente con el resto.

La heladera había quedado atravesada entre la cama y el ropero. Tuve que moverla sujetándola por ambos lados, como abrazándola. Tenía que tratar, por un lado, de no hacer ruido, y además, no rayar el bello piso. Parecíamos, la heladera y yo,

luchadores de Sumo enlazados en combate. No pude llevarla, como quería, hacia un costado. Cada vez que intentaba moverme lateralmente, la heladera se atascaba entre la mesa y la cocina. Había cajas por todos lados; era difícil desplazarse. El lavarropas me impedía mover la heladera hacia el baño. En un intento, un plato se escapó de su caja y se hizo trizas. Esto debió despertar a más de un vecino, pensé. No era una buena forma de llegar al vecindario. Opté por desistir de mover la heladera y me dispuse a introducir la cama en el cuarto.

Tenía que hacer lugar. Con bastante dificultad, coloqué unas cuantas sillas sobre el lavarropas y un par de cajas sobre la cocina. Esto me dio margen de maniobra para acomodar el cuerpo y sujetar la cama por la cabecera. La levanté, e intenté llevar uno de sus extremos hacia la entrada del cuarto. Ahí me di cuenta que esa cama tenía una medida superior a la de la puerta. Por tanto, solo podría pasar desarmada. No obstante intenté meterla en diagonal entrando primero la cabecera al cuarto del baño. Fue ahí que descubrí que el inodoro había sido instalado demasiado cerca de la puerta del baño, que por ello, no se abría más que unos centímetros hacia adentro. La cama quedó incrustada entre el baño y el pasillo, con media parrilla encima del lavarropas.



Yo, que había entrado a la habitación, tuve que agacharme para poder pasar de nuevo al comedor, como si la cama fuera un puente. Decidí ir en busca del colchón y llevarlo al cuarto. Así dormiría esa noche, pensé. Miré alrededor del bochinche en busca del colchón. Había quedado atrapado entre el ropero y la pared. Un mar de sillas y bolsos me separaban de él. Cuando pude sujetarlo, tiré fuerte para liberarlo de la presión que ejercía el enorme armario. Fue una mala idea: el armario se movió demasiado hacia un costado, y por el peso de unas cosas que tenía dentro, se desplomó.

El ruido fue como un explosión, seca, que se expandió por toda la casa y más allá. Los vidrios temblaron. Esa caída provocó, como efecto dominó, el desplace del televisor, que estaba sobre una mesita de luz, hacia el suelo: un bolso lo salvó de una muerte segura. Con aquel desplome, quedé definitivamente atrapado. Por más que lo intenté, no pude salir.

Entre la cocina y el armario, acechado por la heladera, yazco desde entonces bajo una mesa. A duras penas pude manotear la notebook y un paquete de Criollitas. Van dos días. Comienzo a tener sed. Si alguien lee esto, por favor, venga a rescatarme.

## QUEDARSE EN CASA

La obra empezaba a las diez. Salí de la redacción a las ocho y media. Caminé hasta el Unión. Pedí una cerveza. Pensaba mientras tomaba la birrita, en que ya iba siendo tiempo de dejar las coberturas nocturnas. Quedarme más en casa.

Llevaba dos años yendo todos los fines de semana a cubrir espectáculos, eventos, conciertos, exposiciones, festivales, presentaciones, desfiles, fiestas, todo eso. Ya me estaba cansando de ver siempre lo mismo.

Tenía que pedir un cambio de sección, escribir sobre otras cosas, ir a ver partidos de fútbol, o boxeo, denunciar a las mafias, viajar, recomendar libros, en fin, escapar de la ciudad, cambiar de aire. No más artes y espectáculos. Podría escribir crónicas o cuentos por las noches. Quedarme en casa. Dejar de andar por ahí. Preparar notas largas para los domingos. Planificar.

En eso pensaba, recuerdo, sentado esa noche en el Unión. Hasta que se hizo la hora. Llegué a la sala veinte minutos después del horario de inicio de la obra que figuraba en el programa. Desde la esquina, al ver la vereda vacía intuí que la obra había empezado. Pero me equivoqué.

En la cabina de la boletería, un hombre mayor, con boina y bigotes, me vio llegar

sin hacer el mínimo gesto. Me detuve. Saqué mi credencial. Vengo a cubrir, dije. El hombre miró mi rostro, después observó la foto de mi rostro en la credencial, y luego, siempre sin mediar palabras, me devolvió la credencial y salió de la cabina. Estaba serio. Tenía el semblante apenado y fumaba un cigarrillo. Se levantó la obra, me dijo. No vino nadie, ninguna sola anticipada vendida ni sobre hora de inicio. Nada. Una obra viene de Uruguay, cruza el Río de La Plata, su actriz compromete su tiempo y su trabajo para poder mostrar la obra en esta ciudad, y nadie viene.

Eso explica todo de esta ciudad, me dijo antes de dar unos pasos hacia la vereda. Lo vi observar una vez allá, ambos lados de la cuadra, pero nada más se dejaba ver como todo rastro humano, un chipero al que le pasaron el dato de que iba a ver mucha gente en el teatro, bostezando en la esquina con su canasta llena de chipas circulares que sobraron de la tarde.

Me acerqué a la sala. Los asientos vacíos en la semi oscuridad. La soledad del sonidista chupando un mate en su rincón. La escenografía – unos pocos muebles y una cama- , ahora inservible, aun sobre el atril. Una luz naranja ceñía el cuadro del vacío sobre el escenario. Escuché la voz del dueño de la sala a mis espaldas, diciendo, no entiendo a la gente. Y ustedes, los medios. Y que Cultura no se qué. Y que ya nadie valora las artes. Y que esta ciudad de mierda. Y que a dónde va a ir a parar el teatro.

-¿Puedo entrevistar a la actriz?

El hombre no me contestó. Volvió a caminar hacia la vereda. Lo vi pararse con las manos en la cintura y la vista perdida al cielo. Me acerqué al camarín. Estaba cerrado. Golpeé dos veces. Adelante, dijo la voz femenina. Pasé. Ella estaba sentada frente al espejo. Lloraba. Corrido su maquillaje.

Triste, solitaria. Hola, soy del diario.

-No sé para que vine-empezó- tenía que haberme quedado en casa, tranquila. Si ya nadie valora nada. No es la primera vez que me pasa esto. No aguanto más.

La escuché lamentarse unos diez minutos. No habría nota. No tendría sentido. Apuré los pasos hacia el Unión. Ahora había más gente. Me senté, pedí una Brahma y papas fritas. Brindé en soledad por esa actriz. Intencioné, antes del primer sorbo, que le

vaya mejor la próxima. Público, críticas, dinero. Que todo eso que esta noche le faltó y le hizo llorar, se le dé bien. También intencioné por el viejo. Que su sala de teatro salga a flote con obras exitosas y taquilleras. Salud, mis amigos de esta noche, por ustedes, ya van a cambiar las cosas, pensé en silencio.

La cerveza del Unión, era, en esas noches, como un dulce ensueño entrando a tu alma a través de la garganta.

## **EL MONTE DE LAS PALTAS**

La trágica batalla entre los Villordo y los Hauliczkeski ocurrió en la madrugada del domingo 23 de abril de 1973. Entre las chacras de ambas familias, había un montecito que tenía varios árboles de palta. Cada año, esos árboles daban entre 2 y 4 toneladas de fruta. Al principio, las familias entraban por su cuenta al montecito- era un terreno fiscal- y cosechaban lo necesario para comer: hacían ensaladas, postres, tartas y untaban pan con las paltas. Pero después pasaron de eso, a cosechar todas las frutas en pocos días, sin importar si estuvieran o no maduras. Se habían dado cuenta que en Posadas podían vender la fruta a buen precio. Cada familia hacía negocios con la palta por su cuenta, con revendedores del Mercado Central.

A veces los Hauliczkeski y los Villordo pasaban entonces algún tiempo juntos. Estos encuentros se limitaban a la Navidad y alguna que otra urgencia durante el año, circunstancias en las

cuáles los vecinos se necesitaban. En su chacra, los Villordo (padre, madre y tres muchachos) cultivaban yerba, mandioca y citronella. Tenían un par de vaquillonas y un gallo de riña. Lo Hauliczecski (padre y dos hijos) tenían cultivos de té, cítricos y hacían vino patero. Este último producto era exclusivamente para consumo de don Talo Hauliczecski y sus dos muchachotes.

Salvo un kilombo que se armó cuando uno de los galgos de los Hauliczecski entró al gallinero de los Villordo y se comió a tres gallinas, no habían existido antecedentes de violenta discordia entre la familia. Pero ese día, la sangre llegó al río.

Y fue por esas paltas.

En el otoño de 1973, allá por los primeros días de abril, los Hauliczecski cosecharon todas la paltas, de todos los árboles, anticipándose a los Villordo, quienes al percatarse, decidieron tomar cartas en el asunto.

Ismael Villordo, jefe de su familia, se apareció de noche en casa de los Hauliczecski. Los galgos enloquecían cada vez que veían gente. Villordo venía a hablar con don Talo. A preguntarle porqué habían hecho eso con las paltas. Si hasta el año pasado la división tácita y que se respetaba era medio monte para cada familia. ¿Por qué habían pelado todo, desatando así una situación de total injusticia y propiciadora de un inevitable enfrentamiento?

Nada de esto pudo saber don Villordo. Cuando vio llegar al primer galgo, sacó su 38 de la cintura y le dio al perruno en el cogote. Murió ahí mismo.

Los perros que venían tras él huyeron despavoridos por el tronar del disparo. En casa de los Villordo, doña Numy oyó el disparo, llaveó la puerta y apretó con fuerza el rosario. Una lágrima se le escapó. Sus hijos ya se habían calzado la escopeta y avanzaban ahora por el monte de las paltas, sigilosos, convencidos de que se trataba de un tiroteo.

Talo Hauliczecski, que ya tenía 75 años pero seguía siendo tan fuerte como gruñón, escuchó el disparo mientras terminaba de beber su enésimo vaso de vino casero. Buscó el revólver y la escopeta.

-Papá, le mataron al Cuco. Le pegaron un balazo en el cuello.- informó su hijo Antonio, el único que estaba con él en la casa en ese momento. El otro estaba en Foz, visitando a una guaina.

-Agarrá más balas del depósito.- le ordenó don Talo.

Antonio obedeció. Y el viejo subió las escaleras y desde la ventana de la habitación, divisó la sombra de Ismael Villordo alejándose hacia el monte. Maldijo a los galgos que no lo seguían. El Cuco, endurecido, sangraba a borbotones sobre el



pasto. Apretó el gatillo y la bala viajó directamente a Villordo. Como al Cuco, también en el cuello. Talo se dio cuenta enseguida que había sido el mejor tiro de su vida, y de noche. Estaba borracho. Su segundo balazo, dio en el tronco de uno de los árboles de palta.

La respuesta de los hijos de Villordo fue inmediata. Mientras su padre agonizaba en el suelo. Ellos avanzaron entre los árboles y llenaron de plomo la entrada de la casa de los Hauliczkeski. Al viejo no le pegó ninguna; pero le dio un infarto y murió junto a la ventana desde donde había intentado disparar una vez más. El hijo de don Talo, al escuchar caer a su padre, corrió hacia el patio trasero y se internó, armado, en la selva. Los galgos le siguieron. Ismael Villordo dejó de respirar.

-Fue en defensa propia que maté a ese perro- alcanzó a decirle a sus hijos antes de cerrar los ojos. La muerte del viejo Ismael fue la llama que encendió la sed de venganza. Los hermanos Villordo se internaron en la selva para perseguir a Antonio Hauliczkeski. Lo encontraron dos días después. Fueron siguiendo el rastro de los perros, a los que fueron matando uno a uno al encontrarlos, dispersos y hambrientos en los senderos de la estepa. Cuando lo encontraron le pegaron siete balazos. Nunca supieron los

hermanos Villordo cuál de los dos Hauliczecski había matado a su padre. Por eso mataron a los dos, decían.

A la mañana siguiente los hermanos Villordo y su madre, subieron al camión del difunto Ismael, cargaron lo justo y necesario, y abandonaron la chacra. Nunca más volvieron.

Nadie nunca reclamó el cadáver de los Hauliczecski: se los comieron pacientemente los cuervos y los gusanos. El hijo que había ido a Foz nunca regresó y recién mucho tiempo después se enteraría de la suerte de su padre y su hermano. Las dos chacras quedaron abandonadas.

En ese monte, desde entonces, las paltas crecen y se pudren en sus árboles. Algunos niños que pasan a la siesta, se comen las que caen al piso.

Todo el resto es de los pájaros.

# TAXI

Me subí al taxi. Manejaba una mujer. Unos cincuenta años. Linda.

-¿Hasta dónde vamos?

-Chacra 150, por Tacuarí.

-Bueno. Puse esos cartones para que no se llene todo barro, pero el pasajero anterior dejó un barril tremendo. Tenía botas de goma. Los días de lluvia el auto queda un asco. Se humedece todo el tapizado. Pero bueno, también son los días que más se trabaja. Y a mí me gusta la lluvia para todo, menos para trabajar.

-A mí me gusta para todo, incluso para trabajar. Pero claro, no manejo. ¿Laborás siempre de noche?

-Los fines de semana si, porque tengo clientes que van a la Metro, a Malparida, Power, otros Cedros...y bueno se labura bien después de las 3 que empiezan a salir.

-¿A las tres ya salen?

-A esa hora salen las parejitas que se van a otro lado, o los que se aburrieron. Hay un grupo de chicas de mi barrio que vienen todos los fines de semana a la Metro y me piden que las vaya a buscar a las cinco menos cuarto. Siempre vuelven solitas las tres. Le llevo una por una a su casa. Se ve que tienen como un pacto de que ninguna se puede ir con nadie. Yo cuando iba a bailar con amigas, era así también. Todo lo que tenía que pasar, adentro del boliche. Pero volvíamos siempre juntas.

-¿Siempre?

-Bueno, alguna excepción habrá habido.

-¿Y no es peligroso? ¿No te molestan los borrachos? Viste que no hay tantas mujeres remiseras y por ahí no sé...hay tantos zarpados...

-Mirá, yo para los borrachos tengo un ojo clínico: a una cuadra de distancia masomenos ya sé si estás en pedo y que no te voy a alzar. Una aprende. Y cuando alguno se me pasa, me hago respetar. Aviso a la base al toque o bajo a quien tenga que bajar. Y tengo aun machete corto acá abajo del asiento para el que se haga el loco. Pero bueno, hasta ahora, salvo una vez, no me pasó nada serio.

-¿Qué pasó esa vez?

-Me para un muchacho en la esquina de Centenario y Lavalle. Bien vestido. Buen celular, gel en el pelo, no estaba en pedo me

di cuenta. Eran las 4 de la mañana. Me dice vamos a la vuelta del hospital. Vamos. Yo ya sé que ahí venden merca. Nosotros y la cana sabemos todos los lugares donde hay falopa. Y yo no me meto con el cliente que quiere hacer su historia con tal que a mí no me joda. El muchacho se baja, tarda unos 5 minutos y vuelve. Vamos para el centro me dice. Bueno, vamos. A las tres cuadas me pide que pare, porque estaba armando una raya y se le había caído un poco con una frenada que pegué. Junta su porquería, y aspira. Arranqué y seguimos. Pero al ratito se pone loco, y me dice que dé la vuelta, que le habían vendido cualquier cosa, que esa merca estaba re cortada, que pim que pam que quería volver a encarar al transa. Yo le digo, flaco, calmate, lo máximo que puedo hacer es llevarte hasta la esquina, me pagás el viaje y yo me voy. Dice que no, que lo lleve hasta la puerta del transa y que espere. Así con voz mandona el flaco. Le dije, sabés qué muchachito, pagame lo que marca el reloj y bajate acá ya. El flaco se baja, da un portazo y me dice puta de mierda no te voy a pagar nada. Agarré el machete corto, me bajé, y le encaré. Pagame o te corto en pedacitos. El pibe me miró con odio, sacó la billetera, me tiró un billete de cien encima del capot y empezó a caminar. Ya nos vamos a cruzar me dijo. Ojalá que no, por tu bien, le dije. Y se fue.

-We, que loco.

-Si. Pero bueno, no todos son así. También hay otros que son divinos.

-¿Ah, sí?

- Hace unos días, subió un señor, así 50 años, muy pintón, un perfume...impresionante, re agradable el tipo. Y me dice vamos al aeropuerto. Tenía una valijita. Y me fue contando cosas de su vida, que estaba separado, que venía a Posadas cada 15 días, que vendía autos, esas cosas. Una voz, una amabilidad. Cuando llegamos, me da una tarjeta y me pide que lo vaya a buscar el domingo, o sea mañana, al aeropuerto, y que si no me molestaba, le gustaría invitarme a almorzar en algún lugar que yo elija.

-¿Qué le dijiste?

-Esta tarde me estoy yendo a la peluquería y a depilarme. Imaginate que le contesté. Son 70 pesos.

-Tomá cien.

-Tu cambio, gracias. Nos vemos.

## **CLAMOR DE SIESTA LARGA**

Las cuatro y media de la tarde. Hierve el asfalto de la avenida Roca, ninguna nube asoma en el horizonte vertical. Quizás unos treinta y siete grados, calculo. El hombre avanza por las calles de la desierta Villa Sarita. Enero se muere. Enero de fuego. El solazo misionero chamusca en las siestas, las enrojecidas flores de antiguos chivatos, que revientan, con sus raíces, esas veredas. Salvo un Palio pasando, silencio. El hombre entra a la despensa. Enorme mostrador de madera. Una chicharra eléctrica se activa cuando el hombre ingresa, tras subir dos escalones desde la vereda.

El hombre apoya los antebrazos en el mostrador y le dice buenas tardes al viejito de chomba celeste que está sentado del otro lado. Pide jabón líquido. El viejito dice que no sabía que existía el jabón líquido pero que tiene jabón en polvo. El viejito se mueve y

habla lentamente, quizás, piensa el hombre, ya tenga más de ochenta años.

La chicharra eléctrica sigue sonando. El hombre pide además, papel higiénico, agua mineral, aceite, detergente, harina y levadura. El viejito inicia, una saga de búsqueda y disposición de dicha mercadería en el mostrador, que durará, según el posterior cálculo del cliente, unos catorce minutos, tiempo en el cual, éste pierde su mirada en los estantes y sus naufragios temporales.

Observa en un rincón un puñado de pares de zapatillas, en bolsas, cubiertas por completo de dura telaraña. Zapatillas, suecos, y alpargatas que anidan hace años en esa esquina. Cañas, vinos y licores, se añejan más abajo. Los artículos de mercería, lucen más nuevos en el exhibidor vidriado.

El viejito reúne todas las cosas. Ahora anota sobre un papel blanco, con tembloroso pero certero pulso, los precios de cada una de esas cosas que aquel hombre sudado ha pedido. El hombre lo mira, pero enseguida pierde la mirada en los juguetes colgados de la pared. El viejito despensero frunce el ceño al hacer las cuentas. Llega a una conclusión, que comunica con su voz carrasposa: 85 pesos.

No oye el hombre, sumido en un repentino y profundo recuerdo. Al fin, le pide al despensero que repita. 85 pesos. El hombre paga y se ofrece a colocar él las cosas en la bolsa. Se despide. Cuando



sale, la chicharra vuelve a sonar. Se aleja por la avenida Roca, al 600, aún desierta. Desde allí se ve el río Paraná, amarronado, inquieto, medio muerto. Todo es calor y silencio. Un gran clamor de tereré o cerveza surca el Litoral.

## VENGANZA

A usted se le ocurrió morirse ayer a las dos de la madrugada. Cuando gritó, con ese aullido seco y horrible, yo pensé que estaba soñando. Estaba tan cansada. Tan agotada de cuidarlo día y noche en este sanatorio de porquería. Fueron dos meses de agonía. Pero era cierto. Gritó así, y se fue. Se habrá asustado. Me intriga saber cómo será. Ahora usted ya lo sabe.

Al entierro vinieron todos. Llovía. Los dos tarambanas encargados de cavar la fosa, su fosa, estaban borrachos, las palas se les resbalaban en el barro. Todo fue tan lento y desesperante. Cuando terminó el entierro, volví a casa, me tragué tres Al Plax y me acosté. La cama tan grande. No pude dormir. Tuve que levantarme dos veces a tomar un vaso de leche, dicen que es bueno para dormirse.

Alguien golpeó las manos. Era el linyera ése al que usted siempre le dabas comida y vino. Le preparé un bolso con un montón de

sus ropas y las botellas de vino que le quedaban en el mueble. Contento estaba. No le dije que usted se murió. Sólo que se había ido de viaje. Macana.

Estuvimos juntos 53 años. Nos casamos cuando yo tenía 21. Me acuerdo. Yo no quería. Tenía otro candidato, el Lucio. ¿Qué habrá sido de ese muchacho? Ah, seguro está más muerto que usted. Ahora por suerte a las guainas los padres ya no las obligan a casarse. Se casan con el que realmente quieren o no se casan.

Pero con favor de Dios fui una buena esposa. Nunca le falté el respeto. Nunca. Y eso que usted te iba con cualquiera; si hasta me vinieron con el chisme de que tenía usted dos hijos más en Paraguay, donde me decía que iba a visitar a su hermana. Chinero, siempre fue así usted. Yo sabía todo, pero no me animaba a dejarlo. Por boba. Bah, que importa, ya está.

Su gato me mira con desconfianza. Creo que sabe lo que pasó. Él lo quiere. Yo nunca pude. ¿No ve que no pude llorar ni un poquito? Qué vergüenza en el velorio, ni una lágrima y toda la gente mirando.

Al fin, siento que el sueño viene y voy a poder dormirme. Y mi única venganza, le prometo, va a ser levantarme mañana, y sonreír al ver que estoy sola en la cama. Si tengo ganas, nos vemos a la tarde en el cementerio. Sino jódase. Quién le manda a morir. Que descanse.

## **LAGRIMAS GRUESAS, PERMANENTES**

Julio se casó con Marina el 12 de septiembre de 1975. Después del registro civil, hubo un asado para un puñado de familiares, incluyendo los padres de Marina, que habían llegado desde La Pampa tras viajar más de 40 horas.

Varios fueron los regalos que trajeron los padres de Marina, entre ellos, una botella de vino Protos Gran Reserva, cosecha 1974. Era un tinto de la bodega Ribera Duero, de Valladolid, que habían comprado en su último viaje a España.

—Sabrás cuándo abrirlo—le dijo entonces su suegro a Julio.

La botella permaneció guardada en un rincón del armario de los abrigos durante más de 20 años. Marina se fue mucho antes. No volvió a saber de ella. Julio prefiere no hablar de eso. Se quedó solo allí, en esa misma casa de roble, abrazada por el monte, las piedras y el agua clara de una vertiente que nacía cerro arriba.

Una tarde de invierno, un par de mochileros llegaron a su morada. Tenían frío y hambre. Julio les invitó a pasar. Calentaron sus cuerpos junto a la salamandra, y saciaron el hambre con pan casero untado con queso de cabra y salame. Partieron a la mañana siguiente. Antes de despedirlos, Julio husmeó en su armario, en busca de unos abrigos que ya no usaba, para regalárselos a los muchachos.

Fue entonces que encontró ahí en el rincón oscuro del mueble, aquel vino añejo, guardado junto a una fotografía del casamiento. Cuando sus huéspedes se fueron, Julio contempló la foto un largo rato. Después la arrojó al fuego. Sujetó la botella, y observó la etiqueta, amarillenta, con letras rojas.

*"Cereza granatosa de capa media, claro, limpio, reflejos rojizos, borde amplio, atejado, con mucha diferencia entre menisco y ribete. Lágrimas gruesas, permanentes".*

Salió de la casa y caminó hasta el borde del arroyo. Se sentó en una roca a contemplar el paso de las aves cerro arriba. El día se presentaba frío y límpido. Colocó la botella de vino entre dos piedras pequeñas, para enfriarla con el paso del agua helada. Al cabo de un rato, volvió a la roca, con un tirabuzón y una copa limpia. Al llegar, la botella no estaba. La corriente se la había llevado. En vano caminó, serpenteando la vertiente, en busca de la botella perdida.

Lejos de allí, la botella dio contra una piedra, y se quebró. Los equilibrados reflejos rojizos del líquido, tiñeron de morado las aguas, y un cardumen de pececitos grises, se embriagó con aquel dulzor.

## CHIVATO

Otto Hendersen tiene 87 años. Sentado en una silla y sin camisa, bajo la sombra del chivato, observa el horizonte, donde un gorrión acicala al caballo, y el cielo de fondo asoma de un celeste pleno, picantes los rayos solares se derraman sin misericordia sobre las cosechas: el maizal ya se observa muerto y casi no hay pasto decente para las vacas. Otto Hendersen suda. Son las diez de la mañana. Interrumpe su cimarrón amargo como las entrañas del demonio, y se mete en la casa para preparar el trago que repite cada mañana desde hace 40 años, y que considera, el secreto de su envidiable estado físico, esa salud de fierro que le permitió llegar activo a esta edad. Tres medidas de caña *Velho Barreiro* en un vaso. Una cucharada de pimienta molida.

—El fuego de la vida- murmura Otto cada vez que acaba de un solo trago el vaso, tras cerrar los ojos y sentir el ardor en la garganta.

Al volver a la sombra del chivato, se detiene a observar las raíces del árbol, que ahora levantan desde las profundidades de la tierra, los cimientos de la tumba de su padre, Johann Hendersen, muerto en 1974 y enterrado bajo la sombra de aquel chivato que sus propias manos plantaron treinta años atrás. Las raíces casi derrumban por completo el minúsculo monolito que Otto construyó – con unos pocos ladrillos y una cruz de hierro- luego de enterrar al viejo, que a su vez se encontraba en un cajón de madera donado por la municipalidad. La idea de que la tumba estuviera tan cerca del frente de la casa, era que así se podía tomar mate con el viejo Johann en cualquier momento y contarle como iba la vida.

—Hay que cortar ese árbol, Otto. Ahora tira la tumba, pero má adelante, dios me libre, va a reventar el piso. Las raíces buscan más agua. Van a seguir creciendo. Y si hay tormenta se puede venir abajo encima de la casa. —afirmó preocupada, Laurinda, su rubia esposa, que en ese momento volvía de darle pasto de elefante a los chanchos.

Otto guarda silencio. Vuelve a su cimarrón. Es su forma de decir que no está de acuerdo.

Cuando su padre plantó el chivato, lo hizo con la sabia idea de que a los pocos años, las ramas proyecten sombra y protección al techo del rancho. Durante décadas ese chivato (que en los



eneros, cuando las chicharras sobre sus gajos ensayan los primeros cantos de verano, florece rojo y abundante) albergó mañanas, tardes y noches de refugio a los fogonazos del sol misionero. Otto creció viendo a sus padres tomar mate y conversar bajo ese árbol. Él mismo amarró a una de sus ramas horizontales la hamaca paraguaya en la cual Laurinda y él descansaron tantas veces observando las estrellas.

—No podemos cortar el chivato. —dijo al fin, observando las raíces que se mezclaban con el ladrillo destrozado del humilde talud.

Pasaron tres meses. Ya no quedaba ningún ladrillo en pie y ahora las raíces del chivato, como había anticipado Laurinda, se escurrían sedientos, hacia el piso de la casa.

—Hay que cortar ese chivato. —insistió entonces Laurinda, que en todo ese tiempo había guardado silencio al respecto.

Pero lo que hizo Otto Hendersen fue otra cosa. Con una pala, una mañana después de haber tomado tres medidas seguidas de caña con pimienta, se puso a excavar entre las raíces y la tierra, obsesionado con la novel idea de encontrar el sarcófago de su padre, o lo que de éste quedase, para trasladarlo a otro lugar.

Quizás por el tremendísimo calor que hacía ese mediodía de diciembre, tal vez por el esfuerzo de cavar estando borracho, o por la desilusión de no haber hallado otra cosa que lombrices en

esa oscura y fresca profundidad donde buscó a su padre, Otto cayó a la tierra boca abajo.

Su cuerpo se desplomó casi en el exacto lugar donde había enterrado a su padre. Cuando Laurinda lo encontró, ya no hacía ningún movimiento, y un carancho picoteaba su espalda.

## VALLE ADENTRO

El Sanador, plácido en su choza de paja, levita. Mientras más arrecia el aguacero sobre el valle, más ensimismada y compleja es su meditada. Afuera, chapoteando en el barro, preso de los elixires y las raíces curadoras, un hombre enfermo (quizás 45, en ese instante sin edad), se arrastra en el lodo sin comprender lo que le pasa. Lo ha traído su hija dos días antes, de la ciudad. El Sanador, al ver que todo fluye bien entre las cosas del valle y la noche, enciende su pipa. Comprende que seguirá lloviendo.

Todo su ser flota en el ácido orgánico único y preciso que se suministra. Esa, su medicina. Grita. Su bramido se remonta y llega a los pájaros que sueñan. El monte en fiesta, la lluvia. Todo en orden.

Cuando la sinfonía de batracios arremete en dulce armonizar sobre las piedras, y aquellos oscuros rincones del valle alto se parecen al lomo dormido de mil dinosaurios sin cabeza, El

Sanador, baja al arroyo y quita su botella de vino del anclaje entre dos piedras bajo la vertiente donde la ha dejado enfriar. Beberá.

En dicha, la Mujer del Arroyo irá a proveerle de risas y placeres. Dormirán, en tenue arrullo de monos titís, saciados de todo. Dulce arrullo también será en esas horas, la candorosa caída del agua entre el hueco de las rocas. Cada tanto, oirá valle arriba, el clamor del hombre gordo.

Amanece, el día exultante. La lluvia despierta a El Sanador. Su cuerpo entero flota en el arroyo. Se lava. Bebe el agua ancestral de un tallo, tras intensa búsqueda. Sabe que aunque su cuerpo no lo sienta, hace frío. Sube el valle por el camino único que sus pasos han construido todo estos años, donde sólo él y algunos animales, y la Mujer del Arroyo andan.

Al llegar a su choza, observa al hombre enfermo. Éste yace en posición fetal. Las manos del hombre gordo y enfermo aprietan el núcleo de su dolor: el estómago. El Sanador se le acerca. Lo observa. Por sus ojeras, sabe que el gordo no ha dormido en toda la noche, preso de alucinaciones sanadoras.

El Sanador corta leña. Provee de un fogón al hombre gordo. Éste se incorpora y busca el calor. El Sanador le abraza. Le mira a los ojos. El hombre gordo llora como un niño y suda como un pescado a la brasa. Pueden verse también, lágrimas correr bajo

los ojos de El Sanador. Son, en ese instante, un solo ser indisoluble. El dolor se quema como los leños en esa hoguera transitoria y fundamental.

La Mujer del Arroyo irrumpe. Trae una manta tejida por su abuela y usada por miles de seres. La coloca encima del cuerpo de aquel hombre enfermo. Ya todos los pájaros del monte han despertado, y ahora cantan, son felices, como todos en el Valle. Es tiempo de descanso para el hombre gordo. La manta ancestral cubre su cuerpo en sanación. El Sanador notifica a su amada sobre el estado de aquella alma. Vuelven a amarse; más luego comerán algunos frutos y la Medicina.

Anochece otra vez sobre el Valle. El hombre gordo, mirada traslucida, camisa, corbata, pantalón y mocasines, se despide. Le acompañan hasta la ruta, donde su hija le espera en un auto que devolverá a ambos a sus babilonias. El Sanador y la Mujer del Arroyo, vuelven entonces, a sus asuntos, valle adentro.

## RITA Y EL MAESTRO

1

Hace días ya que Rita está sola en el rancho. Su marido, Demetrio, se fue a la tarea y tiene como para veinte días. No tienen hijos. Él dice que ella no puede; ella piensa que es por él. El rancho está en una picada de Campo Ramón, ahí cerca de la grapia milenaria y los yerbales del gringo Schmidt. El terreno es de Schmidt. La parejita cuida nomás. Es una tapera de madera con techo de chapa, piso de tierra, con letrina y horno de barro afuera. Hay guayubiras y nísperos al fondo, y más allá, pastan las vacas de Schmidt. Es grande la soledad de Rita cuando su Demetrio se va a tarefear. Los días se le hacen largos.

Rita tiene 26 años. Tercer grado. La piel del color del barro mojado de la zona. Pelo pichaí que lleva cortito. Cuerpo fibroso de puro trabajar desde guainita. Se levanta a la mañana, engancha en su radio un noticioso de Oberá, mientras corta leña y toma el primer cimarrón del día. Después baja al arroyo a lavar

la ropa. Se procura más tarde algún reviro o si hay, algún guiso. No le gusta cocinar si es para ella sola.

A la siesta empieza un programa de música sertaneja, que escucha acostada en el catre. Se levanta después para amasar pan casero que cocina en el horno de barro. A las seis y media, justo antes de anochecer, todos los días, ve pasar por la picada al maestro Darío. Se saludan. Se sonríen.

2

Darío Leiva camina todos los días siete kilómetros para llegar a la escuela de la sección Novena. No es de acá. Es de la ciudad, pero hace un par de años decidió irse a vivir al monte, aceptar el cargo de maestro rural de una decrepita aula satélite. Vive solo. Antes tenía una motito, que se le rompió un día de tormenta. Nunca pudo arreglarla. Anda con ganas de comprarse un caballo. Camino a la escuela canta. Viejos tangos prostibularios que cantaba su padre. Usa botas de goma y un guardapolvos que le llega a las rodillas. Pronto va a cumplir cuarenta. Por las noches le gusta fumar un cigarrito y deambular por el monterío, caminar bordeando los arroyos. Cuando de regreso de la escuela pasa frente al rancho de la Rita, se contenta las veces que ella está sola y se saludan. Se sonríen.

3

Truena. El maestro Darío dejó salir a sus alumnos una hora antes, para que no les agarre el aguacero. Al volver, a tranco apresurado, pasa por enfrente del rancho de la Rita. Ella está sacando pan del horno. Se sonríen. Truena. El cielo va a estallar de furia. Se anima a acercarse. Hablan. Ella le invita a pasar. Toman mate. Comen pan casero. Ríen. Las manos se rozan al pasarse el cimarrón. No tardarán los cuerpos en encontrarse y rodar, en incontenible ardor, hacia el catre. Ya llueve.

4

Julio Souza, alias el Caballú, vio movimiento raro en el rancho de su amigo y no dudó. Fue en su camioneta hasta el yerbal de Campo Viera donde estaba trabajando Demetrio, y al dar con él le dijo:

-Yo voy a obrar con vos como vos obrarías conmigo. Me duele tener que darle esta noticia, pero chamigo, te está entrando agua.

Después de ampliar la información, se fue.

5

Demetrio abandonó el campamento y salió rajando para Campo Ramón. No serán narrados en este relato, estimado lector, los



detalles escabrosos sobre los hechos que acaecieron, donde sangre y machete se mezclaron. Ya bastante alharaca hicieron los diarios. Solo diremos, que la escuelita se quedó sin maestro. Que la Rita fue enterrada en su natal Villa Bonita, y que Demetrio, dicen que con la ayuda de Julio Souza, cruzó al Brasil en balsa por Alba Posse. Bien sabe Dios que nunca volverá a Misiones.

## **EMBRUJADO**

Gregorio Lopresti llaveó la puerta de su oficina. Desanudó un poco el nudo de su corbata. Se sentó frente a la computadora. Se quitó los mocasines (por primera vez en 23 años de servicio se percató de lo comfortable de apoyar los pies descalzos en la alfombra) y suspiró largamente. Las manos le sudaban. Su corazón, palpitaba a una velocidad mayor que la normal. Bien sabía Lopresti que lo que estaba por hacer, constituiría la mayor indisciplina de su intachable trayectoria como asistente administrativo de Seguros Pollock S.A. Sin embargo, pese al nerviosismo, estaba decidido. ¿Cuándo sino? ¿Para cuándo la vida? se preguntaba para darse ánimos. Todo había sido perfectamente planificado. Ese jueves, la señora Marisa Pollock, su patrona, estaría ausente de la oficina por unos controles médicos. Y ahora, el señor Lopresti, estaba a punto de consumir su osadía.

Clickeó Play y el video de Youtube comenzó a rodar.

"Desde lo más intrincado y misterioso de la Selva virgen latinoamericana, surge El Pombero, mito popular, endemoniado y trágico".

El comienzo de la película le hizo latir aún más fuerte el corazón y erizó su piel. Embrujada, de Armando Bo. Ya en la primera escena, Isabel Sarli levanta los brazos con las Cataratas del Iguazú de fondo. Lopresti se ve invadido súbitamente por el recuerdo nítido, inmortal, de cuando fue a ver esa película al Cine Atlas Lavalle, en el 76, cuando tenía 20 años. Desde entonces, Lopresti anheló repetir la experiencia de ver aquella película que tan hondamente grabada había quedado en su memoria.

Pero después, llegó aquel trabajo en el buffet del Banco Nación, donde conoció a Donata, con quien se casaría al poco tiempo. Luego llegaron los dos hijos, y unos años después, la propuesta de trabajo en Seguros Pollock. Así la vida fue pasando.

\*\*\*\*

Algo de lo más extraño sucede: Lopresti llora. Repentinamente, las imágenes de la película que observa en su computadora, le arrebatan lágrimas de recordación. La Coca Sarli, vestido púrpura, esconde una muñeca que hasta hace poco estaba meciendo cual si fuera su retoño. Un hombre mayor, ingresa a la

habitación. Lleva un sombrero blanco en una mano. Le pregunta al personaje de Sarli:

—¿Cómo has pasado el día?

—Bien, salí un poco.

—Me encanta verte así, feliz.

— No soy feliz, sólo ansío lo que tú no puedes darme.

El señor Lopresti pone pausa. Le pareció escuchar un ruido extraño. Se pone de pie y espía por la cerradura. Nada raro. Sólo el bochinche del tráfico y la locura de la calle Talcahuano. Vuelve a su sillón. Desanuda aun más la corbata. Suspira. Play. Enseguida vuelve a hipnotizarse con la película, que le devuelve a su memoria andanadas de imágenes que creía perdidas para siempre.

\*\*\*

El Pombero – de orejas puntiagüdas – toma posesión de la Sarli, con la selva y las Cataratas de fondo. Lopresti, a estas alturas, vivencia el mismo ardor que aquella vez en el Atlas Lavalle. Le cuesta respirar. Desabrocha su cinturón. Tiene el rostro desencajado, tensa la mandíbula. Nunca antes su fuente laboral corrió semejante riesgo. Pero no hay peligro, se dice. Se arremanga la camisa. Desabotona su pantalón. Procede. Estalla. Los ojos desorbitados, el glande chorreante, apoya la espalda al sillón, deja morir sus brazos a un costado. El pecho parece

explotarle. Nada importa. Sonríe. Levanta la vista. Coca Sarli, presa de la locura, ríe salvajemente. Ya la película tampoco importa. Cierra todo. Apaga la computadora. Vuelve a colocarse los mocasines. Anuda la corbata. Limpia. Ordena. Se siente extraño. Ya le queda solo un año para jubilarse. Piensa en un viaje a las Cataratas con Donata. Prepara algunas pólizas. Acomoda el fichero de las pólizas vencidas. Cada vez son más los clientes que pagan el primer mes y luego se dan de baja. Si sigue así, la empresa se va a quiebra. Esta ligera preocupación, anula por completo el extraño éxtasis que hasta hace poco aun arremolinaba en la mente de Lopresti. Así, con grave gesto, baja los escalones y se pierde entre la muchedumbre apresurada de la calle Talcahuano.

## TE SIGO ESPERANDO

Rolando y Julia convivieron durante tres años. Hasta que ella se fue.

Él anduvo unos meses por Buenos Aires, buscando trabajo. No encontró nada nuevo y volvió a Posadas. Pegó una obra social y con eso bancó una psicóloga, dos veces al mes. Se lo había recomendado una compañera de trabajo. "Para superarlo" le había dicho. Es que desde que Julia se fue, andaba hecho una piltrafa. Hasta estuvo a punto de perder el laburo. La psicóloga le ayudaba a salir adelante, o eso parecía.

Ella había estado en varios lados. Rosario, Tandil, Punta Alta. De regreso a Posadas, Julia alquiló una piecita cerca de la terminal. Consiguió laburo. El turno noche de un motel, como recepcionista.

Julia tenía 36 años entonces. Salía del motel a las cinco de la madrugada. A veces, casi siempre, se llevaba las latas de cerveza

que había en las heladeritas de los cuartos vacíos. Llegaba a su casa, se desnudaba, y se tomaba las latas en el sofá, hasta que amanecía y se iba a dormir. Los sábados y domingos no trabajaba. Entonces no había horario para beber.

Un día que Rolando se enteró que ella había vuelto. Averiguó donde vivía, y un sábado, juntó coraje, y ordenó el envío de un ramo de flores para Julia Einseisten. Siete rosas amarillas y una tarjeta que decía:

*Te sigo esperando. Rolando.*

El chico de los mandados se la llevó a las siete de la tarde. Julia salió a abrirle. Le invitó a pasar. Dejó las rosas sobre la mesa. Le sonrió al chico. Brindó con él.

-Gracias por las flores. Quedate a tomar una cervecita conmigo.

El chico tenía que irse. Así dijo. Y agregó que tenía novia. A Julia no le importó. Intentó besarle pero el muchacho se zafó. Y se fue.

Cerca de la medianoche, Rolando golpeó la puerta. Ella dormía desnuda. El tipo que dormía con ella se levantó, se puso el pantalón y fue a ver quién era. Trabajaba en una de las boleterías de la terminal. Cada tanto se acostaba con Julia.

-¿Quién es?-preguntó con voz dormida el tipo.

Rolando no contestó. Bajó las escaleras, llegó hasta la avenida Santa Catalina, encendió un pucho, y caminó como yendo hacia el centro. Le apetecía una cerveza. Pero no quería soportar el bochinche de los bares de la terminal. No quería que lo vean llorar.

Julia despertó de madrugada. Su amigo se había ido. El aroma de las rosas se mezclaba en el ambiente de la pieza con el del alcohol y la nicotina. Levantó la tapa del inodoro. Hizo pis. Pasó por la heladera. Liquidó la última latita de Santa Fe. Y siguió durmiendo.



## LIMA

De niño iba seguido a visitar a mi abuelo. Su casa tenía un patio con un árbol de lima. Él las arrancaba y las pelaba con su navaja; yo las comía. Las cáscaras se dejaban secar al sol: servían luego para el mate. Mientras yo saboreaba esas frutas, el abuelo contaba alguna historia.

Crecí. El árbol se secó. Mi abuelo murió.

Durante años, no volví a ver ni una sola fruta de lima. Deambulaba por las verdulerías en vano, recorría los montes y los campos, pero sólo había mandarinas, pomelos, limones y naranjas. ¿Y las limas? Eso me preguntaba.

Ayer a la tarde golpearon la puerta. Salí a abrir. Era un hombre. Estaba descalzo. traía una bolsa llena de algo.

—¿Quiere comprar limas?

Le compré toda la bolsa.

Y acá estoy, con el estómago lleno de jugo y pulpa de lima.

Agujereo la tierra y escupo las semillas dentro, imaginando, en un futuro relativamente lejano, a un viejo, que le cuenta historias a un niño que come limas.

## FAENA

El polaco Yacowski desenvaina el facón. Clava su vista en los ojos inexpresivos y acuosos de la vaquillona. Jorge Bielinski, el dueño de la chacra, y de la vaca, ata la soga y arrastra al animal hacia debajo de la enramada, ayudado por sus hijos: Julio le arrastra la pata derecha trasera y José la delantera izquierda.

—¡Más firme carajo, que no se mueva! —grita el polaco.

Jorge y los dos muchachitos redoblan el esfuerzo, pero la vaca no deja de contorsionarse. Al final se aquieta. Yacowski esboza una sonrisa inescrutable. El animal muge; no bravo, más bien extrañado.

—Que te parió- murmura el polaco.

Yacowski se arquea hacia adelante, como un esgrimista. Antes limpia la hoja del facón con su remera. Finalmente le aplica un puntazo seco, en el cogote. El bicho acusa el ataque: se calla. El polaco da dos pasos hacia atrás y le ordena a los demás que

suelten la cuerda. El agujero en el cuello del animal empieza a chorrear sangre a borbotones. Sus patas temblequean unos instantes; los globos oculares se desorbitan. Tiembla y cae.

—Putra madre. Este arruinado cueleleó enseguida. Pero va a sangrar bien. —lamenta el polaco, que hubiese deseado que el bicho tuviera mayor resistencia, porque así la carne sería más blanda, dice.

La vaca mueve las patas un rato, y después, muere.

—Espero que no haya tomado agua hoy—dice el polaco.

Limpia la sangre de su cuchillo. Y lo vuelve a guardar en la vaina de cuero. Camina hasta el tronco, y agarra del suelo el jarro de vino patero con hielo. Le da un buen sorbo, enciende un cigarrillo, y después le pasa la jarra a Julio. El muchacho simula un trago y le pasa la jarra a su padre.

—Esta mañana anduvo por el tajamar tomando agua. —informa José.

—Mierda—dice el polaco.

Se ponen a carnear. Jorge hubiese querido poder hacerlo solo. No haber tenido que llamar al polaco. Pero es el único en toda la colonia que sabe hacerlo bien, y no da para arriesgar. Si no se carnea como es debido, la carne se echa a perder.

Los cuervos ya se dejan ver, avanzando desde el cerro hasta los cielos de la chacra de Bielinski. Al llegar, sobrevolarán en círculos, a la espera de que esos hombres, ahí abajo, terminen la faena.

## INICIO

En la esquina de casa vivía Don Suárez. Era, diríamos, un linyera con rancho estable, en un montecito que le dieron a cuidar. Todos los mediodías venía a nuestra casa a buscar una ración de comida. Los sábados, mi padre le daba además, una botella de vino. Don Suárez era un hombre silencioso y sereno. Poco sabíamos de él. Se decía que tenía hijos, que estaba loco, y otras cosas.

Un día ví que le pidió cigarrillos a mi padre. Y éste se los negó. Esa misma tarde, fui a la despensa. Yo tenía 11 años. Le pedí a la despensera esos cigarritos que venían envueltos en celofán. Olían a vainilla. Compré además una caja de fósforos que tenía el dibujo de un barco. Se los iba a llevar a Don Suárez. Llegué a la esquina y me puse a mirar el paquete. A respirar su aroma. Me detuve bajo un árbol. No sé por qué, pero abrí el paquete. Me

puse un cigarrito en la boca. Y lo encendí. Ese paquete nunca llegó a manos de Don Suárez: ese día empecé a fumar.

## APARICIÓN DE TITO ORDOÑEZ

Yo no sé cómo, porque dicen que murió hace veinte años, pero hoy a la siesta apareció Tito Ordoñez, y me contó esta historia que les voy a contar. Antes, hablamos de otras cosas. Yo le pregunté cómo era eso de qué todos decían que había muerto, pero Tito sólo se rió y no dijo nada sobre eso. Me preguntó que hacía, y me notó más gordo. Le conté que vivía en Paraguay, que me había mudado unos años atrás, que era papá de mellizas. Y reconocí que sí había engordado desde la última vez que nos habíamos visto, ¿veinticinco, veintiocho? años atrás.

—¿Nunca te conté por qué yo nunca más fui a Paraguay?—me preguntó.

Y entonces empezó a contarme. Así habló Tito Ordoñez.

*Yo andaba tocando ese tiempo con un grupo de chamamé. Eran de por ahí cerca de Garupá. Se les había muerto de un bobazo el*



*guitarrista y me llamaron. Cuando me vieron caer con mi Romántica toda vieja, ahí nomás me sacaron una nuevita, del lutier Chávez, una hermosura. Los Tecoreí se llamaba el grupo. Chamamé bien maceta y una parte del repertorio más para bailar lento. Tenían trabajo todos los fines de semana. Y pagaban bien. Arrancábamos los viernes a la tarde en alguna peña, de ahí al canal de televisión, después hacíamos algún bailongo barrial, o algún cumpleaños, casamientos. Los domingos a la doma y otras jodas que se arman por ahí con asado a la estaca. Por todos lados tocamos, hasta en casas, cualquier cantidad.*

*Así un día apareció un gitano que vivía en Encarnación, y quería contratarnos para el cumpleaños de su hija. El tipo tenía una mansión, y nos pagaba cualquier guita; hasta hotel había. Estaba todo listo, hasta que un día antes me acordé que yo no tenía documento. No tenía. Hacía unos año que se me habían perdido. Y ya no habría tiempo de tramitar uno, en esa época tardaban mese para entregarte un documento nuevo. Y sin documento no podía salir del país.*

*Les dije a mis compañeros de grupo que ellos crucen legalmente en la balsa, y que yo lo haría clandestinamente, en canoa, con un compinche pescador, que con su canoa me iba a cruzar hasta la costa paraguaya.*

*Había que estar en el cumpleaños a las diez. Eran las ocho y media, y ya estaba en la canoa con Jorge, el pescador. Un buen rato después, desembarcamos en un yuyal sobre la arena, en la ribera. Ni bien me bajé, del matorral salieron tres gendarmes. Nos apuntaron con una linterna y con rifles. Cruzaron unas palabras en guaraní con Jorge. No pude entender nada, pero el tono de Jorge era tenso, y el de los gendarmes, furioso. A él le dejaron ir, y a mí me llevaron con guitarra y todo, en el patrullero, hasta la comisaría. ¿Pero sabé qué? A eso de las once me fue a buscar el gitano. A lo grito entró como si fuera el comisario. Enseguidita me largaron. Y ahí me llevaron a la fiesta. Chamameceamo hasta que salió el sol, comimos como chanchos y me agarré un peludo que Dios me libre. Pero no me gustó nada eso de estar encarcelado. Y como nunca má tuve documento, por la pachorra que me daba ir a hacé los trámite, nunca más quise volver a Paraguay. Eso nomá, ahora me tengo que ir, no vemo chamigo.*

Se puso el sombrero.

Guitarra al hombro

Y se fue.

## RIMA

Una siesta en Misiones, se perdió en el monte. Y allí la encontró el temible Kurupí. Pero éste era un Kurupí literario: le gustaba todo ese asunto de las palabras.

Empalideció al verlo: el Kurupí siempre anda desnudo.

—Decíme una rima y te dejo ir sin hacerte nada.

Casi se larga llorar. Se hizo pis encima. Pero alcanzó a contestar.

—No puedo, tengo miedo.

El Kurupí ahí mismo desapareció.

## REVELACIÓN

Cuando Elena quedó embarazada, dijo que si fuera niño lo llamaría Alcides. Pero la ecografía dijo que sería niña. Entonces pensó y pensó. Pero ningún nombre la convenció. Pese al hostigamiento de su familia, decidió olvidarse del asunto del nombre. Llegó el día del parto. Tres kilos doscientos. Sanita. Pero sin nombre. La administrativa del sanatorio tuvo que anotar a la recién nacida como NN.

Un par de semanas después, cuando Elena fue al Registro Civil, con su niña en brazos, miró fija y dulcemente al empleado, y le preguntó:

—¿Qué nombre le pondría a esta niña? Yo no pude encontrar uno adecuado.

El empleado observó a la pequeña. Pero no dijo nada. Elena entonces sonrió ampliamente y dijo:

—Eso, eso es. Silencio. Se llamará Silencio.

## EL COFRE DE PLATA

Después de la ceremonia de cremación, volvieron a la casa. Era un día de sol. Ovidio colocó dos sillones en la galería y arrimó la mesa. Su madre le sirvió un whisky y otro con soda para ella. Estaban cansados.

El padre había muerto dos días antes y ahora sus cenizas estaban guardadas en un cofre plateado que la empresa funeraria les había vendido a 200 dólares. Además tuvieron que pagar el costo de la cremación en horno a gas metano, y la atención a los comensales. En total, tres mil dólares. Ovidio era el único hijo de Julia y Víctor. Estaban separados desde hacía doce años.

Cuando se separaron, Víctor se compró un campo de veinte hectáreas en Colonia Taranco, en medio del monte, donde se instaló a vivir hasta sus últimos días. Nunca nadie de su familia fue a visitarlo.

—Creo que después de este vaso me voy a dormir hasta mañana. No doy más. —dijo Julia sorbiendo el primer trago.

—Está bien mamá, no te preocupes por mí.

—No me preocupo por vos. ¿Acaso vos te preocupás por mi? ¿Sabés que hace dos años que no pisás esta casa? Si no hubiera muerto tu padre seguro que no nos íbamos a ver nunca.

— Tenés razón. Pero no empieces.

—Ya sé que no fui una buena madre, pero me duele que mi único hijo haya dejado de amarme. ¿Sabés algo? De chiquito estabas enamorado de mi. Te duró hasta los trece, catorce, ¿te acordás? Eras tan pegado. No sé que te pasó.

—Madre, los niños superan el Edipo. Y las madres tienen que superar que sus hijos lo superen.

—Una cosa es superar el Edipo y otra es olvidarte de tu madre.

—Yo no te olvidé mamá. Sólo me dediqué a mis cosas, creo que perdí noción del tiempo y de los demás.

—Dejaste de amarme hijo, nada más que eso. ¿Por qué no vino Jorgelina con vos?

—Nos separamos.

—¿Cuándo? ¿Otra vez soy la última en enterarme? Cuando te separaste de Ligia me terminé enterando un año después.

—Hace tres meses.

—Ah, no es tanto. ¿Qué pasó? Contáme con confianza, estamos entre separados.

—Ella estaba obsesionada con tener un hijo, y yo no. Supongo que se cansó.

—Tenés 38 años. ¿Por qué nunca quisiste tener hijos? Decíme la verdad, ¿no podés?

—No sé si no puedo, porque nunca lo intenté. No quiero.

—Que tipo raro que sos, mierda, que te habrá pasado. Igual, si como padre ibas a ser igual que sos como hijo, hacés bien en no querer ser padre. Pobre chica, Jorgelina. No vas a encontrar otra así. Y seguro que ella se va a quedar embarazada enseguida. No hay nada más fuerte en el mundo que el deseo de una mujer que quiere ser madre.

—Ojalá la ayude la naturaleza.

—Qué frío que sos hijo. Seguro que tampoco la amabas.

—La amaba, sí.

—Si la amabas de verdad le hubieras dado un hijo. O sea, que también dejaste de amarla a ella. ¿Cómo hacés para amar y dejar de amar tan rápido?

—Mamá, ¿no querés irte a dormir?

—No.

—Entonces serví más.

Julia meneó la cabeza, se levantó y fue por la botella. Era un Jack Daniels añejado. Cuando volvió, su hijo estaba armando un porro.

—Seguís fumando esa porquería.

—Vos tomás pastillas todo el día. Cada uno con lo suyo.

La vista desde la galería, ofrecía el paisaje del patio trasero, un parqueado de césped, con un sendero de piedras y rosales, que daba a un pequeño y oscuro bosque de eucaliptos. Era otoño y el viento hacía chillar las ramas de esos árboles. Cuando nadie hablaba, aquel misterioso rechinar de las copas, era todo lo que podía escucharse en el tranquilo barrio privado.

Ovidio encendió el porro. Le dio un par de caladas y luego tomó un trago.

—¿Qué pasa si fumo un poco? —preguntó Julia.

—Te va a dar sueño. Te va hacer bien.

Le pasó el porro. Ella lo sujetó con los dedos índice y pulgar, lo observó, y al fin le pegó una seca. Retuvo el humo. Exhaló. Hizo un gesto de aprobación. Pero la segunda calada le hizo toser. Le devolvió el porro a su hijo. Fue un pequeño acceso de tos, que se apagó con un sorbo de wisky.

—Mamá, ¿qué vamos a hacer con el campo?

Julia tardó en responder, embotada por el repentino subidón canábico.



—Vender. Eso vamos a hacer. Venderlo lo más caro posible. Yo no conozco el lugar. El campo queda a tu nombre ahora, pero yo nunca fui, ni quiero ir, no quiero saber nada con ese lugar. Pero te pido encarecidamente, que vayas, que lo veas, si podés acompañado de algún agente inmobiliario, no sé, de alguien que entienda de esas cosas, y que lo vendan cuanto antes. No te voy a pedir mucho. Con que me des cincuenta mil está bien. Quiero hacer un viaje.

—¿A dónde?

—No sé, Cuba, París, Hawai, Grecia, El Congo, donde sea. Quiero despejarme.

—¿Estás en pareja?

—Algo así.

—¿Quién es?

—No te importa.

Ovidio apagó el porro contra el borde de la mesita de hierro. Permanecieron un instante en silencio. Julia cerró los ojos y torció el cuello. Enseguida empezó a roncar. Ovidio la cargó en sus brazos y la llevó hacia la habitación de abajo. La tapó con una colcha que encontró en el armario. Cerró la casa, y se fue, llevándose consigo la botella de Jack Daniels.

Al día siguiente, en su camioneta, salió en busca del campo de su padre. Tardó cuatro horas en llegar, a través de un camino de tierra, que se perdía entre campos de tabaco y galerías de selva virgen

Era una chacra con tranquera de hierro, sostenida por alambres. Había una casa grande a 200 metros de la entrada. En los campos aledaños, todo rastro de vida se reducía a un grupo de vacas y bueyes pastando mansamente. Ovidio intentó abrir la puerta . Buscó inútilmente forjar una de las ventanas del costado, pero desistió tras lastimarse el brazo derecho. Pensó que sería necesario ir en busca de ayuda. Agarrar la camioneta y buscar a alguien que pudiera prestarle una barreta. Primero se dedicó a recorrer la chacra. Bajó hasta el arroyo. Era un lugar de ensueño, donde solo se escuchaba el trinar de las aves salvajes y el correr de ese cauce transparente y pedregoso. Se quedó un rato allí, mirando las mariposas sobre el barro de la costa, y fumando un porro.

Sintió ruidos a sus espaldas. Giró la cabeza y vio a un hombre vestido con ropas gauchescas, incluso un enorme sombrero de cuero marrón. Tenía bigotes, era alto y parecía de unos sesenta años.

—Buenos días, no se asuste. —dijo el hombre.

—Buenos días—contestó Ovidio, tirando su cigarro y poniéndose de pie.

—¿Puede decirme quién es usted?

Ovidio le contó que era el hijo de Julio. Le explicó a qué venía. Y agregó que no había podido entrar a la casa. A su vez, el hombre aquel se presentó como Pedro, y dijo ser el peón de su padre.

Caminaron juntos hasta la entrada de la casa. Pedro tenía una llave. Abrió la casa y lo invitó a pasar.

—Esta casa es suya ahora. Le dejo la llave. Y si quiere que siga viniendo a trabajar, sólo tiene que decirlo.

—¿Qué tipo de trabajos hace usted?

—De todo. Corto el pasto, junto leña, arreo el ganado, de todo.

—¿Cuánto le pagaba mi padre?

—Me daba 200 cada vez que venía.

Ovidio sacó su billetera y le dio 500 pesos.

—Venga mañana. Y hablaremos. Por ahora necesito estar solo.

—Entiendo. Yo vivo a cinco kilómetros de acá, por si necesita algo. Es en dirección del cerro. —contestó Pedro, tomando el dinero.

Saludó tocándose el sombrero y se fue.

Ovidio recorrió la casa. Ésta tenía pisos de piedra en todos los ambientes. Un comedor amplio, con una mesa larga y varias

sillas de tronco. Además había dos cuartos, ambos con camas doble plaza y una suerte de depósito donde había herramientas de todo tipo, una moto en apariencia en desuso y algunos barriles de agrotóxicos.

No había demasiados muebles. Lo más llamativo era el estante de la vajilla, donde colgaban platos, vasos y cubiertos como para una familia numerosa. En el comedor también había una salamandra. En un estante, abundaban las botellas de vino sin abrir, y debajo de una de las camas había una escopeta. El ropero estaba repleto de ropas del viejo, perfectamente dobladas. En la parte inferior, había cinco pares de borceguíes y dos pares de botas de goma. Ovidio se sintió impactado por el orden extremo y la limpieza que había en cada rincón de la casa. Le llamó la atención que no tenía baño. Observó por la ventana y entendió, que aquel cuartito de madera que estaba a unos metros de la casa, era la letrina que hacía las veces de sanitario. De seguro se bañaba en el arroyo, ya que no había agua corriente en el hogar.

Ovidio se sentó en la mesa. Abrió la botella de whisky y bebió del pico. Se quedó bebiendo y revisando los rincones, abriendo cajones, hurgando bolsillos de pantalones, leyendo los papeles que encontraba. Cada descubrimiento, le aportaba nuevos datos sobre la vida que su padre había llevado en aquel inhóspito lugar.

Cuando el sol empezaba a caer, Ovidio ya estaba totalmente borracho. Se desplomó en la cama y durmió unas horas. Despertó de madrugada. Confundido, se asustó al no recordar donde estaba. Tardó unos minutos en darse cuenta. Se sentó al borde de la cama y refregó su cara con la mano. Hacía frío.

—Putra madre—dijo.

Cómo no había agua, tuvo que salir hacia el arroyo, valiéndose de una linterna y atemorizado por la posible presencia de algún animal peligroso. Cargó un balde y regresó a la casa. Bebió el agua y con lo que le sobró se lavó parte del cuerpo y el rostro. Encendió la salamandra. Arrimó el sillón de mimbre junto al fuego, y sintió el alivio del calor en su cuerpo. Abrió luego una de las botellas de vino. Se quedó bebiendo, oyendo el sonido de los leños en pleno ardor. No tardó en amanecer. Volvió a quedarse dormido.

Lo despertó el ruido de unas piedras impactando en la puerta. Abrió la ventana y echó un vistazo. Era una mujer a caballo. Se puso la campera y salió a ver.

—Hola. Yo soy Norma. Vivo a unos kilómetros de acá. Supe que usted es el hijo de Víctor. Necesito hablar con usted.

Ovidio abrió la tranquera y la mujer avanzó con su caballo. Bajó y lo ató en el árbol más cercano a la casa.

—Pase- Sólo tengo vino para ofrecerle—dijo Ovidio.

—Gracias, es muy temprano.

Norma vestía bombachas de campo, botas y una camisa blanca con volados. Tenía el cabello largo y blanco, aunque se notaba que había sido rubia en su juventud. Tenía facciones firmes, y grandes ojos verdes.

Le contó que era ingeniera agrónoma, y que conoció a su padre ni bien llegó, ya que ella vivía en Taranco hacía 20 años. Tenía un vivero de especies nativas, un orquideario, y un mariposario. Le dijo que Víctor la había ayudado con alguno de esos proyectos, básicamente invirtiendo dinero. Que solían verse seguido.

—¿Tenían algún otro tipo de relación además de los negocios?

Ella sonrió.

—Su padre era un hombre muy seductor. Y acá la soledad cuesta. Solíamos pasar tiempo juntos.

—Tuvo suerte el viejo de venirse acá, al culo del mundo y encontrar una mujer como usted.

—Gracias. Sabe, tengo varias cosas para charlar con usted, cosas que deben interesarle acerca de su padre. Si bien yo sé que la relación entre ustedes no era del todo buena, hay cosas que necesita saber.

—La relación no era buena ni mala, no era nada. No había relación. Pero no hay problemas, dígame.

—No ahora. Usted se ve cansado. Puede venir a mi casa esta tarde. O a la noche si prefiere cenar allá. Vivo sola.

—Sí, disculpe, no debe ser muy bueno mi aspecto. Estuve bebiendo un poco de vino y me quedé dormido. Desperté cuando usted tiró esas piedras, Parece que ese es el método acá. ¿Cómo hago para llegar a su casa?

Ya estaba listo el estofado que Norma había estado preparando desde la tarde. Comieron y bebieron casi sin mencionar a Víctor.

En un momento las miradas se cruzaron en silencio un buen rato.

—Le soy sincera. Lo invitaría a quedarse a dormir.

Subieron al cuarto. Hicieron el amor hasta quedarse dormidos.

Cuando despertaron, ella preparó mate y pan casero. Después de desayunar subieron a la camioneta. Anduvieron por la picada hasta llegar a un rancho rodeado de campos secos.

—Frená acá—dijo Norma, tutéandolo por primera vez.

Ovidio detuvo la camioneta. Fuera del rancho, ante un horno de barro, estaban una mujer y un niño en silla de ruedas.

—Ella se llama Ramona. Limpiaba y mantenía ordenada la casa de tu padre. El niño tiene cinco años y se llama Víctor, como tu viejo. Es hijo de tu padre. Nació discapacitado.

Sorprendido, Ovidio observó la escena en el rancho, y encendió un cigarrillo.

—Voy a bajar. —dijo Ovidio.

Norma asintió con la cabeza.

Ovidio bajó de la camioneta y la mujer salió a recibirlo. Le invitó a pasar. Conversaron un rato. Después Ovidio intentó hablar con el niño Víctor. El niño era autista. Todo duró unos quince minutos. Al volver a la camioneta, le contó a Norma parte de la charla.

—Mi padre le pasaba mil pesos por mes. Ahora que ese hijo de puta se murió están tirados.

—Por eso quería que vengas. Por un lado, merecés saber que tenés un medio hermano. Y además, es parte de tu responsabilidad.

—Si. Le dejé un poco de guita. Y voy a buscar la forma de que puedan quedarse con algo de lo que consiga vendiendo la chacra.

—No va a ser fácil venderla.

—¿Por qué?

—Nadie quiere comprar chacras acá. Dicen que el lugar está maldecido, pavadas que la gente inventa, pero que dan resultado.

—Necesito vender la chacra como sea.

—Doblá acá, vamos a ir a otro lado.



Retomaron la picada, y tras andar una media hora por el llano, llegaron a otro rancho de madera. Una mujer sola, tomaba mate bajo la sombra de un mango.

—Esta señora se llama Eulalia. Su esposo vivía con ella. Hasta que tu padre, discutió con él por unas vacas, y lo mató de tres balazos. Ella nunca denunció ese asesinato, porque tu padre le pasaba todos los meses algo de plata y mercaderías. No sé cuánto. Ahora, también ella está tirada.

—Putísima madre.

Ovidio bajó y fue a conocer a Eulalia. Conversaron un rato. Norma lo vio sacar su billetera y darle lo que tenía a Eulalia.

—¿Alguna otra víctima de mi padre que visitar?—le preguntó al volver.

—No. Es todo.

—¿No hay algo bueno que haya hecho mi padre mientras vivió acá?

—Algunas cosas.

Esa noche volvieron a cenar y dormir juntos. Ovidio partió hacia la ciudad al día siguiente, prometiendo regresar pronto.

Se tomó un par de días antes de ir a ver a su madre. Lo hizo un domingo de siesta. Se sentaron en la galería.

—¿Cómo estás?

—Ansiosa por que me digas que la chacra se vendió.

—No es tan fácil.

—Te escucho.

—Descubrí muchas cosas, no del todo buenas, sobre papá.

—No me interesan. Sólo quiero que se venda ese campo de mierda.

—Hay cosas que tenés que saber.

—Hablá entonces.

Ovidio le contó todo. Cuando terminó de hablar, no hubo una sola pregunta de su madre. Ni siquiera el menor comentario.

Julia se paró y caminó hasta el baño. Ovidio la siguió. Antes, se detuvo en el mueble y extrajo el cofre plateado. Ovidio se dio cuenta muy tarde de lo que iba a hacer. Julia abrió el cofre, y arrojó las cenizas al inodoro. Luego presionó el botón y el agua no dejó rastro alguno del polvo.

Ovidio la abrazó. La sintió llorar en su hombro.

—Vamos afuera, mamá —propuso el hijo.

Todavía quedaba algo de whisky en el estante.

## MIRANDO EL CIELO

Dos peces conversaban.

—Debe ser un mar.

—¿Y eso blanco?

—Vapor de barcos, qué más.

## LA BAILARINA

Se escapó y empezó a caminar por entre los estantes. Toda la juguetería estaba a oscuras. Los juguetes dormían.

—¡Ey! ¿Quién quiere bailar? ¡Bailemos! ¡Quiero bailar con alguien, estoy aburrida de bailar sola!

Nadie contestó. Desde el estante de los soldaditos se escuchó:

—Sh..queremos dormir.

Decepcionada, volvió a su cajita musical, dónde al menos siempre estaba Mozart.

## TIEMPO

Si olvidáramos la circunferencia del ciclo solar podríamos estimar el paso del tiempo a través de señales más confiables como el crecimiento de un diente, el deshielo de un glaciar o la muerte de un recuerdo. Cada árbol sería un reloj y la memoria se convertiría en un laberinto de contornos flexibles, podría un día, durar el tiempo que tarda alguien en aprender de memoria un poema, y todo el verano cabría en una siesta.

## **CUANDO OCTAVIA CUMPLIÓ 8**

Sus padres le regalaron una tortuga. Dormía dentro de una caja de zapatos, en su pieza. Comía repollo, acelga y lechuga. Iba a todos lados con ella. Estuvo en su fiesta de quince, en su casamiento, en velorio de su padre, en el de la madre y hasta en el de su marido.

Octavia murió a los 72. Alguien dejó a la tortuga junto a la tumba. La tortuga se quedó ahí, hasta que un perro vagabundo le arrancó la cabeza de un mordisco. Tenía 103 años.

## **LA CAMPESINA**

No tenía cochecito para el bebé, tampoco a nadie a quien dejárselo. Se fue a la cosecha con el gurizote recién nacido y la panza aun llena de hilos. Le había puesto una mantita y una almohada para que estuviese más comfortable dentro de aquel cajoncito de manzanas. ¡Hacía tanto calor ese día! Dejó el cajoncito apoyado en la tierra y se puso a plantar las semillas de sandía. Cada tanto dejaba todo y se acercaba a mirar al niño. En una de esas miraditas, se encontró con que una víbora crucera había entrado al cajoncito. Y que ya era tarde para todo.

## **BUENA COMBUSTIÓN**

Ese viejo rumano vivía en el Parque Lezama hacía como diez años. Dormía siempre en el mismo banco. Una tarde pasó por ese banco el pastor de la iglesia nueva de Berazategui. Lo encontró durmiendo al rumano, se quedó mirándolo un rato y le dejó al ladito un ejemplar de bolsillo del nuevo testamento. Fue un regalo de suma utilidad. En 5 meses, el rumano armó 1479 cigarros con las hojas.



## **DESENLACE CONCIENTE**

Ya sé, morí.

## TENER

Esa noche, cuando mi padre volvió, le encaré.

—Siéntese un momento conmigo pá, tengo que decirle algo.

El viejo abrió grande los ojos. No era cosa habitual este tipo de convites de mi parte.

—E á.—dijo.

—¿Quiere que busque una cervecita así hablamos?—le pregunté.

—A la ita. Esto ya me está dando julepe. Primero me invita a hablar, después una cerveza. Eso sí que es bien raro mismo en usted mi hijo. Qué ta lo que le anda pasando. Vaya buscar esa cervecita y me cuenta. Traiga dó ya que va.s

Agarré los envases, los puse en la bolsa con la linterna y salí a ensillar al Justo, nuestro caballo. El recorrido en caballo hasta la despensa, con el aire fresco y profundo de los valles oscuros, me sirvieron para ensayar las paabras que tenía que decirle a Casiano, mi padre.

Serví. Le dimos un buen trago, antes brindando solo con la mirada y sin chocar los vasos. Al finalizar el primer trago, mi padre indefectiblemente cerraba los ojos, echaba ligeramente la espalda hacia atrás, movía los labios y decía:

—Que coisa mais boa.

Fui al grano. Le dije que había estado pensando en mi futuro, ya que cumpliría 18 años el próximo verano y pensaba “salir al mundo” (esa fue la expresión que utilicé). Salir al mundo significaba, ante todo, salir de nuestra casa. Salir de nuestra chacra. Salir de nuestra colonia. Salir de nuestro pueblo y finalmente salir de la provincia. Irme a vivir a Buenos Aires. Eso. Así se lo dije y la cara de caú de papá se transformó, pero no me interrumpió.

—Quiero ser escritor. Yo le voy a explicar lo que es eso.

El gesto de extrañeza de mi padre me recordaba a la expresión de aturdimiento y sopor con la que quedaban algunos boxeadores tras recibir una paliza, en el momento exacto antes de caer. Le serví otro vaso. Encendió uno de sus charutos negros. Hacía un calor de la gran puta y la cerveza transpiraba lindo.

Fui hasta mi pizea a buscar un libro. Agarré el primero que encontré, de los catorce libros que tenía. Tener y no tener, de

Ernest Hemingway. Volví al comedor, pero el viejo ya no estaba ahí. Se había instalado con silla y todo en el pasillo.

—Demasiado calor ahí adentro. Aparte está linda la noche.

Busqué mi silla y me senté a su lado. Frente a nosotros, el monte gigantesco, como un dinosaurio oscuro y dormido, del cual sólo veíamos sus contornos y escuchábamos el susurrar de sus habitantes: las aves y los monos. No había luna pero se había llenado de estrellas, como suele ocurrir todos los agostos. El viento arrullaba las copas de los eucaliptos y traía de la chacra el aroma de los naranjos, mezclado con el de la citronella.

Usando palabras simples, y en un tono solemne, comencé a explicarle a mi padre qué era la literatura.

—Y entonces, los escritores, escriben libros como éste. Dónde hay historias como ésta, que empieza así—terminé y empecé a leer.

« ¿Saben ustedes cómo es La Habana a primera hora de la mañana, cuando los vagabundos duermen todavía contra las paredes de las casas y ni siquiera pasan los carros que llevan hielo a los bares, no? Bueno, pues veníamos del puerto y cruzamos la plaza para tomar café, en el café La perla de San Francisco. En la plaza no estaba despierto más que un mendigo que bebía agua en la fuente...»

Dejé de leer. Cerré el libro. Le miré a los ojos. Parecía más sorprendido que antes. Hubo un largo silencio, sólo interrumpido por ese viento incesante y su melodía al hacer vibrar las ramas.

—¿Vamos?—le pregunté.

Asintió. Agarró la botella y empezamos a caminar. Nuestro perro, el Soco, nos siguió con su habitual pachorra. Cruzamos la barranca y el maizal, alumbrados por el último aliento de esa linterna débil de pilas. Llegamos. En silencio nos pasamos la botella. Íbamos allí cada dos o tres días. La tumba de mi madre, debajo de un ceibo. Papá había construido una pequeña estructura, sin cruz pero con flores. Le dejó un charuto y encendió las dos velas.

—Y bueno hijo, si es lo que usted quiere, se va hacer entonces. Déme unos mesesito mi hijo yo le voy a conseguir una platita para que usted vaya más seguro. Esos lados no son fáciles.

Terminamos la cerveza y volvimos. Yo ya me iba para la pieza. Pero antes que le dé las buenas noches, el viejo me preguntó:

—¿Y cómo es La Habana a primera hora de la mañana?

Abrí el libro. Mi padre encendió otro charuto y se sentó a escuchar.

## ESCARCHA Y ROCÍO

José Luis subió al auto. Intentó arrancar. Pero hacía frío y el auto había pasado toda la noche a la intemperie. Había escarcha en el capot y por los vidrios se deslizaba el gélido rocío. Cuando al fin arrancó, debió bajarse para limpiar los vidrios con la manga de su campera, ya que nunca se había preocupado de tener una franela. Era una de las mañanas más frías que recordase en el pueblo, pero apenas era junio. El reloj marcaba las ocho de la mañana. Normalmente, como todos los domingos, hubiera dormido hasta el mediodía. Pero un rato antes había sonado el teléfono. Era Norma, la mujer de su amigo Ernesto. Le había pedido que fuera a su casa. Que Ernesto no estaba bien. Mientras conducía, José Luis intentaba recordar la breve charla que mantuvo con Norma desde la cama. “Desde que murió su vieja casi no duerme, sólo toma, él no puede superarlo y yo no aguanto más” le había dicho Norma.

La madre de Ernesto vivía con ellos. No tenían hijos. Sí los tenía Ernesto con su anterior mujer, pero ellos vivían en otro pueblo. La madre de Ernesto había muerto dos meses atrás. La última vez que José Luis había visto a Ernesto había sido precisamente en el entierro de su madre. Lo había notado destrozado, pero confió en que se le pasaría, como suele pasarle a todo el mundo.

José Luis estacionó el auto frente a la casa de Ernesto. Era un bungalow antiguo con un pequeño patio de césped adelante. El portón estaba semi abierto y el pasto de la entrada le llegaba a los tobillos. Era una mañana nublada y había escarcha por todos lados. Escarcha y rocío.

Golpeó la puerta. Norma abrió. Tenía cara de necesitar dormir.

—Gracias por venir. Está en la pieza de atrás.

José Luis fregó la planta de sus zapatillas en el cartón que había en el piso, justo en la entrada. Y se adentró. Encontró a su amigo sentado ante un vaso de whisky. Era la habitación donde había vivido su madre, solo que ahora estaba vacía a excepción de una mesa, la cama sin colchón y dos sillas. José Luis se sentó en una de ellas. Cerraron la puerta. José Luis aceptó un trago. Conversaron. Se abrazaron. Fumaron. Ernesto estaba más

deprimido que borracho. Podría mantenerse en pie y hablar con decencia. Después salieron.

—Ya venimos —le dijo José Luis a Norma, con un gesto cómplice.

El Taunus otra vez tardó en arrancar.

—Bajá la ventanilla, que te pegue el aire.

—Hace frío.

—No importa.

Enfilaron hacia el centro.

—Llévame al cementerio. —pidió Ernesto.

Doblaron hacia la avenida. Al llegar, Ernesto compró un ramo de camelias. El cementerio estaba semi vacío. Caminaron por entre las tumbas a través de un largo sendero de tierra bordeado de piedras emblanquecidas con cal. La tumba que buscaban estaba al final de ese caminito. Ernesto llevaba la botella de whisky en el bolsillón de su saco. Le dio un trago y le pasó la botella a José Luis. Un perro negro, tumbado sobre una tumba, los vio pasar.

Ya en la tumba, Ernesto depositó las flores al pie, y encendió las velas consumidas que rodeaban la foto de su madre. Adela se



llamaba. Sonreía en la foto y se notaba en torno a su cuello, el colorido bordado de un vestido de fiesta.

—Cómo me falta la viejita, no te das una idea.—dijo Ernesto.

José Luis fumaba, de pie. Ernesto se inclinó, armó una raya de merca sobre el hormigón alisado de la tumba y se la tomó.

—¿Cuánto ya tomaste?—preguntó José Luis.

—Casi dos bolsas. ¿Querés?

—No. Vas a tener que parar. Ya fue, a todos se nos muere la vieja. No es para ponerse así tanto tiempo. Vas a tener que levantarte. Pensá en Norma, loco, ella está sufriendo al verte así.

Ernesto miró a su amigo. Después a su madre. Y luego encendió un pucho con la vista hacia el horizonte grisáceo del cementerio.

—Norma me está cagando. Con un tachero. Le descubrí después que murió mamá. Se ven cada vez que yo me doy vuelta. Ahora mismo debe estar con él. No sé que hacer. Si pierdo a Norma me quedo solo. Solo. —Ernesto empezó a llorar.

José Luis lo abrazó. Sacó su celular, llamó a Norma. Ella lo atendió con voz de dormida. Él le dijo que se llevaría a Ernesto a

su casa un par de días. Que iría luego a buscar ropa para él. Y que después hablaría con ella. Norma no se opuso.

Se alejaron de la tumba caminando abrazados, como veinte años atrás, cuando eran adolescentes y volvían abrazados al amanecer tras largas noches de farra. Sólo que ahora era distinto. José Lusi vivía solo. Le dijo a su amigo que irían a su casa, y que él prepararía una sopa de puerro, papas, cebolla, zanahorias, arvejas y quizás un poco de osobuco. Le dijo que escucharían unos discos, fumarían un poco y luego descansarían. Que todo lo demás no importaba.

## **EL NIÑO SOLDADO**

Nació en 1920. Lo llamaron René Bautista Meza. Cuando cumplió doce, los milicos fueron a buscarlo para que se alistara. Su hermano mayor ya estaba combatiendo, igual que su abuelo. Su padre no, porque era medio ciego y tenía tuberculosis. La primera vez le dieron dos días de plazo. Esa vez, se escapó. Anduvo deambulando por los suburbios de Encarnación, escondiéndose en el monte, cerca del río Paraná. Intentó cruzarse a Argentina, pero no encontró forma segura, y volvió al rancho.

Ni bien lo vio llegar, su padre le dio un baño, le sacó los piques de los pies y le desinfectó -con la caña que estaba tomando-, una a una las heridas que tenía. Después le cortó el pelo. Bien corto, al estilo soldado. Esa misma noche, el viejo comenzó a cavar el pozo.

Los milicos volvieron a los pocos días. Golpearon la puerta.

—Si no va a unirse, vaya al fondo y entiérrese en el pozo.—dijo el padre.

René corrió hacia el lavadero, se acuclilló para correr el pedazo de baldosa que cubría el pozo y se metió. Sintió náuseas y ganas de vomitar. Alcanzó a escuchar a los milicos hablando con su padre. Se sacó la remera y se la envolvió en el rostro, cubriendo nariz y boca. Primero puso un pie, y lo hundió en la mierda hasta la rodilla. El lodazal estaba blanducho, gracias al trabajo de su padre. Introdujo el otro pie y fue sumergiendo el cuerpo, mientras sujetaba con sus brazos la baldosa, para volver luego a colocarla. Antes de cerrar el pozo desde adentro y sumirse en aquella penumbra, observó el cielo, ya salpicado de estrellas.

En algún momento, perdido en el sopor de aquella fosa, con la mierda hasta el mentón y el cerebro embotado, le pareció sentir las botas caminando sobre la baldosa, alrededor, por el patio de tierra, buscando, a los gritos en guaraní. Y cuando ese alboroto pasó, todo quedó en silencio.

Se llevaron a su padre y todo lo que encontraron. Al poco tiempo su cuerpo apareció en un arroyo. Fue una tarea difícil para los vecinos sacarlo de ahí, porque el cuerpo se había hinchado al doble de su tamaño y la corriente corría demasiado caudalosa y veloz. En plena faena, un grupo de soldados surgió del monte y rodeó a los vecinos.

Alistaron a todos. El único trámite fue ponerles una pistola en la cabeza. Al rato estaban viajando en tren rumbo al norte. Llegaron a Chaco Boreal muchos días después, luego de haber reclutado hombres y niños en todos los pueblos donde se detuvieron.

Descansando bajo un quebracho, con la vista perdida en la noche mansa, René esperó el día aferrado al fusil casero que le habían dado, y a tres días de estar en el frente de batalla, no había probado aún. Todo parecía tranquilo, como si no hubiese ninguna guerra. Ni siquiera se escuchaban disparos perdidos, salvo los que por accidente se soltaban entre soldados borrachos. El ropaje potenciaba el terrible calor, pero era fundamental para protegerse de las vinchucas. Todo el campamento estaba lleno de soldados enfermos de malaria que aún ni habían combatido. Pero lo peor, era la falta de agua. Ni una sola gota en días enteros. René aprendió a beber de su propia transpiración, del tallo de los yuyos, de las tacuaras, de sus lágrimas, y muchas otras formas de consumir líquido. De otro modo hubiera muerto. A pesar del abatimiento físico, se las arregló para cavar su trinchera junto a aquel quebracho perdido. Cuando los bolivianos llegaron a los cañonazos, se metió en la trinchera y la tapó con la maraña de ramas y plantas que había armado para tal fin. El

único problema sería si algún soldado pisase la tapa y cayera dentro; sería preciso entonces, usar el fusil, deducía René, dentro del pozo, escuchando el retumbar de los disparos y el griterío de los heridos y los asustados.

Dentro de la trinchera, a diferencia de afuera, hacía frío. Estaba apacible, hasta placentero, pensaba René. Pasaron unos días. Cuando todo estuvo en silencio, salió y caminó hasta llegar al Río Pilcomayo.

La sequía y la guerra habían convertido a los pueblos en infiernos. Se caminaba entre cadáveres y todas las mujeres eran violadas a la luz del día. Los soldados, deambulaban débiles, trastornados por la sed y la malaria; cada tanto, alguno se pegaba un tiro en la cabeza.

René no tuvo que usar su arma: la cambió por un vaso de agua en un campamento.

Arrodillado ante el Pilcomayo, vio su rostro por primera vez en meses. Hizo un cuenco con las manos y cargó agua dentro. Hubiera cargado toda el agua de ese río y se la hubiese bebido hasta secarlo. El alivio fue inmediato, y sintió tanto placer que se metió al río de cuerpo entero y nadó bebiendo del pico como una garza. La corriente le llevó flotando a varios metros de ahí, pero como estaba desnutrido y débil, cada brazada era inútil. Pudo darse vuelta y acomodarse sobre la superficie del agua, boca

arriba y acostado, con la cabeza a flote. Un juego perfecto, donde el cuerpo se arrastraba por el agua como una veloz canoa con destino incierto. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió a salvo de la guerra.

Junto a unos camalotes, dejó de flotar.

## PARA QUÉ SIRVEN LAS PESTAÑAS

Me levanto de la cama. Pasa a veces: los primeros segundos no entiendo dónde estoy. Después caigo. Pierdo la vista en el techo. La pieza todavía está oscura y despertar aquí me provoca extrañeza. Llevo tres meses viviendo en esta pensión. Estamos en Parque Patricios. Mi pieza está en el segundo piso y tiene un balcón hacia Entre Ríos. En ese mismo pasillo viven dos alemanes, un peruano y un taiwanés. Lo primero que escucho es el gorgojeo de las palomas. Hay un par de nidos en la ventana, del lado de afuera. Estamos en época. Se arrullan, chocan sus colas contra el marco; los machos hinchan las plumas del cuello, dan vueltas en círculos y rebotan contra la ventana, en una danza descontrolada que termina con el apareamiento. Todas las mañanas vengo escuchando palomas cogiendo. Me levanto. Me quedo sentado un rato al borde de la cama. Mis pies sobre la madera fría del piso. Es otoño en Buenos Aires pero



parece un invierno de Misiones. Me incorporo y camino hasta la ventana. Descorro la cortina. Ahí están las palomas; y más allá la escala de grises de los edificios y el cielo nublado. Un grito interrumpe la monotonía sonora de las palomas. Viene del pabellón más alto de la cárcel de Caseros. Estamos a un par de cuadras cuadras de la cárcel. Dicen que van a demolerla. El barrio está lleno de uniformados. Hay familiares acampando en la vereda. Casi todos los días se prenden colchones, suenan un par de corchazos, se pudre.

Agarro toalla y ropa. Es baño compartido pero a esta hora no hay nadie. El agua no es lo suficientemente caliente; me baño temblando un poco y a toda puta. Los alemanes de al lado viven de noche. Creo que trabajan ahí en la pieza. Se los escucha toda la noche murmurando en un tono sobrio y enérgico. Un parloteo mecánico.

Bajo las escaleras. En el primer piso, de la pieza de Neme, mi vecino boliviano, irrumpen Los Kjarkas:

*muchas veces la soledad*

*es una enfermedad que no puede sanar*

*también la libertad*

*descubre la soledad*

*que no puede sanar*

*que no puede sanar*

*zampoña*

Están fritando algo para desayunar. Buen día Neme. Buen día pariente. Ya tiene puesta su camisa de oberol azul gastado. Está trabajando en una obra en la villa 21. Haciendo un par de piezas. Va y viene en bici todos los días. Su mujer, Estela, le espera todo el día mirando televisión y ocasionalmente, recibiendo clientes: es peluquera. Tienen un niñito de dos años.

Sigo hacia la cocina. Abajo hace más frío que arriba. En la cocina hay dos personas: Hugo y Giovanni. Buen día, les digo.

— Aló parceirito. ¿Cómo dormiste?—saluda Giovanni.

—Está todo bien hasta que empiezan a coger. Ahí hacen tanto kilombo que me levantan. Vamos a tener que hacer algo para sacar esas palomas de ahí.

—¿Qué vas a hacer, un mate? —interrumpe Hugo.

Le digo que sí.

—Dejá vó, vamo a tomar éste nomás, hermano. —Hugo me pasa el mate que está tomando. El termo parece incrustado a su codo.

Giovanni bate un café. Es el encargado de la pensión. De Cali. Se parece a Mondragón pero gordo y petiso. La cara se le parece.

—Tengo pan de ayer. Voy tostar. —digo.

—Bien ahí. Hoy comemos, mañana no sabemos—dice Hugo.

Hugo es electricista y se da maña con la plomería. Es uruguayo. Toca la percusión. Debe andar por los cincuenta y está desocupado. Cruzarse con él es entregarse al manguero de cigarrillos, plata o comida. Está jodida la cosa. Hugo cuenta que tocó con Fandermole y el Negro Rada. Amigo de los Fatorusso.

Corto el pan y pongo las rodajas en una bandeja. La cocina huele a humedad. El mate de Hugo está a punto. Tomo uno y me agacho para abrir la puerta del horno. Hugo me pasa el encendedor. Le doy mecha.

\*\*

La explosión es potente y ruidosa. Un fogonazo que me ciega. Ahora todo huele a gas y hay fuego en mi pelo. Escucho gritar a Hugo y Giovanni pero no interpreto lo que dicen. Me pegan con un trapo en la cabeza. Me tiran agua. Ahora hay olor a pelo quemado; no pudo abrir los ojos. ¿Estás bien? dice uno de los dos. Me agarran, me llevan hacia el pasillo. Veo todo borroso y naranja. Siento que la cara me estalla de temperatura. Llegamos a uno de los baños. Se abre la ducha. Me colocan debajo. Cae agua en mi rostro.

—¡La fría pelotudo, esa es la caliente!—se queja Hugo.

Yo no me quejo, estoy como embotado. Ahora sí sale fría.

Giovanni dice:

—Voy a llamar a la ambulancia.

Apagan la ducha, sigo sin poder abrir los ojos. No puedo hablar. Me zumban los oídos. Bajamos corriendo. Pasamos por el zaguán y de pronto, la calle. Siento el viento frío arder en la piel quemada.

—¿Cómo está mi cara? Decíme cómo está mi cara.

Nadie me contesta. Me dicen que va a estar todo bien. Como un ciego, solo puedo escuchar y sentir. Escucho el tráfico. Otro grito desde Caseros. Bocinas lejanas. Y siento algo parecido o superior al temor: caigo en la cuenta que mi vida puede haber cambiado para siempre. Imagino mi cara completamente quemada. Conozco las cicatrices que deja. Tengo amigos quemados en brazos y piernas. No puedo abrir los ojos. Llega la ambulancia. Se escucha la sirena. Siento que voy a despertarme en cualquier momento. Que es un sueño. Y todavía falta el final, que es cuando me veré en el espejo convertido en un monstruo. Ahí despertaré.

Llegamos a un hospital. Me sientan.

—Por favor, dígame como está mi cara. Díganme que pasó.

—Abrí los ojos muy despacio. Lo más lento que puedas. —dice la voz de una médica. Es una voz dulce, serena y colorida.

Los párpados comienzan a levantarse. Puedo ver su cara. Me pican los ojos, pero intento dejarlos abiertos. La doctora me limpia los ojos. Con sus dedos coloca una crema fría y aliviante. Me acerca un espejo. Al fin me veo. Tengo el pelo achicharrado, como virulana. No me quedan cejas ni pestañas. Mi cara está completamente roja, pero a salvo. No tiene quemaduras dice la doctora. Me vendan los ojos. Me pelan la cabeza. Todo va a estar bien, dice la doctora. Te van a crecer de nuevo las pestañas y las cejas. No hay de que preocuparse, dice.

Vuelvo a la pensión. Están todos esperando: el chisme se dispersó rápido. Hasta los alemanes se despertaron. Me preguntan si estoy bien. Me quedo hablando con ellos. Hacen bromas, quieren darme ánimo, y ya estoy animado. Regreso a la pieza. Me abrigo. Fumo. Tengo que ir a la farmacia a buscar una crema. Y algo para comer. Al caminar, todas las partículas que andan en el aire se meten directo en mis ojos. No puedo mantenerlos abiertos. Tengo que abrirlos y cerrarlos constantemente. Voy a tener que usar anteojos, aunque sea de los truchos que venden en la esquina de la cancha de Huracán. La gente me mira. Una niña que va de la mano de su madre, pregunta porqué ese señor no tiene cejas ni pestañas ni pelo. Paso por la plaza y por la cárcel. Me arde la vista. Se deslizan por mi cara esas lágrimas de ardor. Se escucha a un preso cantar:

Tomo, para no enamorarme, me enamoro, para no tomar.Sigo caminando.

Pienso que ahora sé para qué sirven las pestañas.

## **ARBOL DE TODOS LOS SUELOS**

Árbol de todos los suelos, desde tus cimientos sabia sombra meces. Grita el viento tu herida de tronco abierto. Todo cuanto había es todo cuanto empieza. Así, semillas son ilusión y eternidad. En la siesta flotante, un hacha despiadada arrastra en su brillo tu sangre ancestral. Al amparo de un chivato; en incienso perfumado, a tus pies me quedo por si vuelve aquella hora. Corazón migrante, de originario latir, allá en las cumbres del olvido, la entraña del monte te retorna, con ardor a tus misterios, frágil sortilegio, que los pájaros esconden en tus ramas de paciencia.

## NIEBLA

Hacéte un mate. Sentáte acá. Más cerca. Hablemos. La niebla sobre el valle confunde la senda de los jotes. Solo los Pitiayumí saben desandarla. Es como si la mismísima luna se hubiera caído en el hueco mayor del valle. ¿Pudiste ver esta mañana cuando pasabas volando?. Fijáte que no hierva. Yo hago el mate. Usemos ese porongo brasileño que trajiste de uno de tus vuelos. Estudiemos. Aprendamos las instrucciones para la suspensión del tiempo. Seamos sabios y pacientes. Isak Dinsen decía: "Escribir todos los días un poco, sin esperanza y sin desesperar". Hagámoslo. Sin esperanza y sin desesperar. ¿Le pongo yuyito? Queda salvia y cedrón. Me gusta cuando estás acá y no volando. Pero también amo tu vuelo. Cuando estás acá, cualquier posibilidad de acontecimiento alguno es irrisorio como pronóstico. Y eso me exime de las trascendencias mínimas. Al fin al cabo yo también algún día voy a volar sobre el valle. ¿Empiezo? A ver. Está perfecto. Tomá.



Hoy contemplaba la niebla, y pensaba: el pasado es siempre niebla. El continuo transcurrir del delirio (el vivir) nos atrapa en la hoguera de las horas, los días, los años y los siglos, esa maraña de mediciones donde nos convertimos en vanidosas hormigas intentando subir una montaña invisible. Ahora aparece el sol. Vemos brillar la arboleda. Nuestro techo derrama toda el agua de la noche. Deshiela el alma. ¡Qué rico mate! Ayer vi dos piedras frotándose, haciendo fuego, tan felices ellas. Pasé y les saludé. Me gusta todo aquello que no implique la repetición inacabable del protocolo humano: esa evolución que incinera la tierra. Me gusta tenerte acá y no volando. Pero amo tu vuelo. Y sé que tu territorio es el aire. Algún día nuestro. ¿Fumamos? Dale. Después te vas a volar. Valoremos este instante: no regresará. Este instante es un callejón. Al llegar al final volverás por el mismo camino, pero no será el mismo. Todo el secreto se condensa en la linealidad fallida del partir: nadie se va por donde vino. ¿Sabés qué decía Poincaré? Que el pensamiento no es más que un relámpago en medio de una larga noche. Pero ese relámpago lo es todo. Por eso debemos pensar. Debemos pensarnos. En todo. En todas las cosas de este valle. ¿Te gustaría que haga pan casero? ¿No? ¿No vas a quedarte? Ya sé, vas a volar. Cuando te vayas, voy a ponerme a trabajar en mi huerto de palabras. Tengo que plantar unas cuantas semillas de morfemas. Cada unidad

lingüística debe quedar perfectamente incrustada entre la primera y la segunda capa de tierra. Regar cada día con acronimias hasta que aparezcan las oraciones copulativas. El proceso apunta a obtener una nueva genética gramatical. Creo que lo estoy logrando. Sería tan bueno que pudieras ayudarme, pero ya sé, lo tuyo no es la tierra, tu territorio está allá arriba. Eso lo sé bien.

Te abro la puerta. Vos al vuelo, yo a mi huerto. El día recién comienza y ya no niebla. Más tarde, cuando vuelvas, veremos caer las hojas secas en la tarde sin viento, de este otoño que baña nuestro valle sagrado. Andá a abrir las puertas de todos los nidos, antes que el invierno silencie todas las músicas posibles, y discordia haya en las fronteras de la materia y el espíritu que observa.

## SILENCIO

La poesía sólo habita en el silencio. No la busques en otra parte. No está en el rocío que tus pies pisan por las mañanas, ni en los andenes de una estación abandonada, ni en tu guitarra, ni en sus ojos mucho menos en los libros. Solo en el silencio puede haber poesía. No intentes encontrar eso en las caricias que te faltan, ni en el vapor de los barcos a lo lejos, ni en los ríos que hemos visto morir, tampoco en la luz que alimenta tus plantas; no, no hay poesía en tu madre ni en tus hermanos, no es poesía un ocaso violáceo ni el crujido de tu corazón al pudrirse. Silencio. Silencio. Solo allí hay poesía. En vano recorres los dulces abismos de tu conciencia, buscándola, llamándola: ¿poesía estás aquí?; crees haberla visto en las manos de un niño en el colectivo y en la séptima ola del mar aquel verano en llamas, pero te engañabas; anduviste preguntando por ella en besos y alientos ajenos (que quisiste, te completen), te encontró la noche aullando su

presencia en distantes picadas bajo el abrigo único de estrellas libertinas, ipoesía, poesía! gritabas, mientras los pájaros errantes del valle reían tu desventura, ipoesía! ¡estás aquí?! Debieras callar. De boca, mente y alma. Descansar las voces. Contemplar al monstruo y desvestir al ángel caído. La poesía no está en tu sed. Menos en esas lágrimas. No desperdices tu vida buscándola en las palabras. No hay poesía en el amor. Tampoco en el desamor. No está ella en ninguna parte donde las gentes lo contaminamos todo hablando, escribiendo, construyendo los firmes cimientos de lo que mañana destruiremos. Silencio. Ahí está. Solamente allí. ¿La ves? ¿Sentís? ¿No es hermosa?

# EL DOLOR ES UN PERRO RABIOSO

(con amor, a los promeseros)

1

Ismael se levanta a las cinco y media. Ya se oye el trinar de las calandrias, pero no asoma aun el sol tras el valle. Le da mecha a la leña de chichita que cortó ayer. Cuando el fuego está, pone la pava negra encima. Algo extraño percibe, pero no sabe bien qué es. Con el primer cimarrón se le aclara la mente y da cuenta certera de la extrañeza: falta el Toribio, su perro.

Hay mucho que hacer, como cada día. Alimentar a los chanchos, agrandar el tajamar, rozar el yerbal de Francklin, ir al pueblo a comprar más alambre. Imagina que Toribio deambula por campo ajeno tras alguna hembra en celo. No es común que se escape a la mañana (que es cuando recibe su ración de tripa y polenta), pero bien sabe su dueño que el Toribio sabe cuidarse.

Pero llega la tarde y el perro no vuelve. Llega la noche, y nada. Ismael termina una damajuana en el silencio de la noche. Ululan

los búhos del valle y un viento intermitente hace susurrar al monte oscuro. Toribio no regresa. Ismael fuma un último charuto y va hacia el catre. Se acuesta, pero pese al cansancio, tarda un buen rato en dormirse.

2

Hace una semana que falta el Toribio. Ya buscó Ismael en las picadas. Ya preguntó en la chacra de Rojas, en la de Francklin y en Heidegger. Nadie sabe nada. No lo han visto. Ni huella en los caminos. Le han dicho que un yagüareté andaba merodeando la zona aquellos días. Que enteritas se manducó las siete gallinas de doña Anastasia. Le han dicho también, que los perros suelen perderse en el valle. Ismael busca. Tres días pasa internado en el monterío. Anda después con su caballo por los costados de la ruta 14. Pero nada.

3

No es cosa rara que le duela el corazón a Ismael. Tiene al Toribio desde hace 19 años. Es un perro ratonero de pelaje bien pardo; era un cachorro cuando él se lo expropió a su primer patrón, allá en Concepción de la Sierra. Este Toribio estuvo con él en los momentos más difíciles. Aquella vez cuando tuvieron que salir rajando y con lo puesto de Concepción, por la orden de desalojo

que el propio patrón le mandó. Después en San José, cuando la inundación se llevó puesto el rancherío y hubo que empezar de nuevo. El Toribio estuvo firme aquella vez en el yerbal cuando a Ismael una mordida de yarará estuvo por mandarle al otro lado. Y fue ladero fiel cuando la Laurita le abandonó (¡ay, cuántos sueños se le rompieron entonces!) y a Ismael la tristeza casi le come el cuerpo entero. Juntos, el Toribio y él, llegaron al Valle arrastrando tanta pena como esperanza de una existencia en paz.

Ahora, solo frente a la última llamita de su hoguera, en negra madrugada, borracho desde hace varios días, Ismael desespera la ausencia de su amigo, que ya lleva un mes sin aparecerse por el rancho.

4

Piensa Ismael , que el dolor es como un perro rabioso. Que cuando llega te quiere morder, y va a morderte si le tenés miedo. Y mientras más miedo, más te muerde, hasta arrancarte el corazón. Por eso, piensa, no hay que temer. Hay que acariciar a ese perro, tirarle un hueso cada tanto, dejarle que ladre y se duerma a un costado.

5

Ismael cobró por su tarea en lo de Francklin y se compró el pasaje para Mercedes. Llegó a la Cruz Gil un domingo a la mañana. Para aplacar el frío y la pena, se tomó en el viaje una de las botellas de caña Cachapé que le lleva al Gauchito.

No hay nadie en el santuario. Ismael se quita el sombrero. Despliega las cintas rojas al pie del monolito, enciende siete velas, deja una de las botellas a los pies del Gauchito Gil, y empuña la otra, a medio tomar. Le pega un trago y de pie, mira a los ojos de aquel muñeco de hormigón, que brilla ante el ardor de las velas coloradas.

“Don Antonio, disculpe que venga a molestarle” comienza a decir Ismael. “Usted sabe bien que yo aunque soy su Promesero, nunca, nunca le pedí nada. Siempre vine aquí, a su casa, a darle las gracias. Porque siempre fui de pensar que a usted hay que molestarle solo para cosas urgentes, muy importantes. Si usted sabe bien que ni cuando la Laurita me dejó yo vine a pedirle nada. Y casi me muero Antonio. Se me rompió todito por dentro. Si hasta pensé en quemar el rancho con yo adentro”.

Aquí el Ismael se quiebra. Cae de rodillas. No puede seguir hablando. Un par de tragos de caña le reaniman. Se seca las lágrimas. Prosigue.



“Disculpe Don Antonio, es que a veces no puedo más. Yo soy su Promesero y hoy Gauchito querido, le voy a hacer mi primera promesa, mi primera y única promesa: itraígame de nuevo al Toribio! ¡Devuélvame a mi perrito! Te lo suplico Gaucho bueno!”. Cuando terminó de hacer su promesa, caminó hasta la ruta a esperar el colectivo que lo devolvería al valle.

6

Ya dos meses y medio sin Toribio. Ismael no aguanta más. Le apena cada rincón del rancho. No soporta más ver la cucha vacía. Junta un par de trastos en su bolso, el machete a la cintura, y se va. Nunca más volverá a esa chacra. Nunca más al valle.

7

Sentado en una plazoleta de la avenida Corrientes, Ismael sorbe su ginebra y observa los autos pasar. Lleva varios meses viviendo en la calle. Camina todo el día. Casi no come. Bebe y duerme. Ya ni piensa en las cosas del campo. Espera la muerte. Espanta al perro rabioso del dolor. Ya no le teme. Y allí sentado, un pichicho blanco con manchitas negras en el lomo, se le acerca moviendo el rabo. “Venga” le dice Ismael. El perrito, sucio de barro, se le acurruca al lado. Le olfatea los pies, después la bolsa. Ismael le sujeta el hocico con ambas manos y hunde su mirada en la del

animal. "Venga, Toribio, amigo, itanto tiempo! ¡Gracias Don Antonio! ¡Viva el Gauchito! ¡Toribio!". Ismael llora de alegría. El perrito se tumba. Ismael le acaricia la panza. El sol de otoño se derrama, generoso, sobre ambos.

## **A SALVO**

El Rey negro, ya en completa soledad, desprovisto hasta del último peón, aguarda en el escaque inferior de la segunda columna, el embate feroz de las torres blancas que, supervisadas por la fría mirada de la reina (la blanca; la suya ya la ha abandonado), avanzan hacia él buscando el jaque mortal. La estocada que el Rey negro tanto ha temido, y ahora, se avizora irreversible ante sus ojos. Mueve el alfil blanco, pero en vez de presionar, apenas da un paso en su columna diagonal, más bien situándose como espectador de lujo de lo que será, en breve, la muerte del Rey. Pero algo sucede. Un resquicio de luz se abre, subdimensional, a un costado del tablero. Es tan extraña la aparición, que el Rey negro duda si es verdad o si lo real es que ya la torre izquierda lo ha matado. De todos modos da el paso necesario. Aparece solo, en un tablero vacío, con casilleros de un solo color. Ya no es Rey, pero está a salvo.

## **DESVIENTO EN EL PARANÁ**

Inventario de la noche: un río quieto, un muelle de piedras, estas huellas. Detrás una ciudad infecta, y camalotes viajeros luna abajo. Allá Paraguay. El licor, el humo; ya no el romero ni la canción. Ya no la miel. Un silencio fantasma matiza la condena. El desvío agigantando la distancia entre los cuerpos. Y al fin, las palabras, que ahogarán sin piedad a un alma en esas aguas. Desde que está muerto, el Paraná solo sabe de crueldades.

## **DIOS TE AMA**

1

Si vienen a San Vicente lo van a ver. La Moneda se llama el lugar. Hace tanto frío que bueno sería ponerle cobertores de lana a los picaportes de cada puerta, y unos buenos guantes a cada mano. A los vasos, ponerle whisky. Es viernes. Al lado mio hay un polaco grandote sentado en la barra (una barra en un bar que solo tiene barra y nada de mesas, en la avenida principal del pueblo). Me mira con ganas de hablar. Al fin, habla.

-Usted tiene cara de brazuca, pero le escuché pedir su trago y no tiene ni un poquito de brazuca. Brindo por eso. –me ofrece su vaso para chocarlo. Brindamos.

-Usted tiene cara de nazi pero no parece nazi. Digo, no del todo. Bueno, usted me entiende.

- Acá está lleno de brazucas. – dice y mira alrededor, desafiante, y me mira luego buscando complicidad. – Vienen acá a matarse el hambre ahora. Y son maleducados. Yo se lo que le estoy diciendo. Hay que andar con cuidado.

- Tranquilo amigo. Hay de todo en todos lados. Brasileño, argentino, españoles, chinos, es todo lo mismo. Hay de todo.

-Si pero nada como esa puerqueza de los brazucas.

2

Del otro lado mio hay una mujer. Yo le calculo unos sesenta, pero mi cálculo es en base a cómo la veo en el reflejo de la heladera de las cervezas, ya que la tengo al lado pero no la miro; hay un hombre con ella más allá, ya los escuché hablar en portugués antes. Ella está tomando cerveza y el hombre de más allá, parece, un vaso de Velho Barreiro.

-E bem ruim esse home alí junto a você. Bebado. No haga caso. ¿Vocé cree en Deus?

-Si, en algún Dios creo.

-Hay uno solo. Y nosotros como a igreja.

-Ya sé, Dios nos ama.

-Aquel bebado fala pura merda.

El polaco grandote observaba y sorbía su trago. La mujer de Dios encendió un pucho. El hombre de al lado de la Mujer de Dios solo miraba su vaso y sonreía.

3

Llegan dos muchachos. Yo los he visto más temprano en el pueblo. Camioneros. Tuvieron kilombo con su cargamento de cebolla. Son santafesinos. Van a estar varados un par de días.

-¿No tiene una mesita Don?-pregunta el del corte tipo Benneti\*.

Le explican que solo hay barra. Se amuchan entre el hombre silencioso de la Mujer de Dios y lo que queda de barra. Son barrulientos. Hablan fuerte.

-Eu teim un jeito un pouco raro de amar a Deus, ¿ta ligado?-me susurra al oído la mujer.

-No deje que le conversen los brazucas, le van a embagayar mi estimado...-dice el polaco.

La Mujer de Dios le mira con desprecio.

El hombre silencioso de la Mujer de Dios se va a mear. Lo veo irse tambaleando. Los camioneros se ríen de él. Uno de ellos, el del corte Bennetti, le dice a la señora:

-¿Dónde se puede ir después?

-Ah no sé, hoje...com este frio ruim. Consulte por outro lado-dijo, les sonrió a los dos y pegó un trago, más luego agregó, guiñando un ojo: -A Bailanta do Abel.

Después la mujer de Dios volvió a mi oreja..

---

\* ex volante central de Boca Juniors, tucumano

-Deus ti ama. Ta ligado cara?

-Ta.

El polaco seguía farfullando contra los brasileros. La Mujer de Dios hacía con su mano como que espantaba una mosca de sus narices antes su comentarios.

-Eh gringona, venga a ver su marido, cayó en el banheiro.- le avisó de pronto el muchacho de la barra.

La mujer terminó su vaso de un trago, meneó la cabeza negativamente y se dispuso a ir a buscar a aquel cristiano. Los camioneros se sumieron en una charla con el polaco que odiaba a los brasileros. Hacía tanto, tanto frío. Y era cierto que la noche se había tragado entera ya a la tarde.



## **BRASA, DESPUÉS CENIZA**

1

Salustiano Cardozo nació en San Cosme , pero a los pocos días de nacer, su madre, Milagros, consiguió un trabajo como empleada doméstica en una estancia de Virasoro, y ambos tuvieron que mudarse. Poco se sabe de su padre, que abandonó a Milagros estando ella embarazada de dos meses y partió según dicen, hacia Uruguay.

Se crió en esa estancia, junto a su madre, y pudo ir hasta cuarto grado. A los trece años, un amigo del patrón le ofreció irse a vivir a Misiones para trabajar en la zafra de caña. El gurizote ya se daba buena maña con el machete. La plata que le ofrecían, calculaba Milagros, alcanzaría para ahorrar durante unos años y comprarse un terrenito.

Salustiano partió hacia San Javier. Vivió allí unos años, trabajando en los cañaverales y a veces, en la tarea de yerba. Milagros murió un año después de su partida. Tenía Mal de

Chagas. Salustiano, que ni siquiera había cumplido los 15, comprendió que ahora estaba más solo en el mundo que nunca.

2

Veinticinco años tuvo que trabajar Salustiano Cardozo para poder comprarse un terreno propio. Todo ese tiempo changueó con la yerba, el té, plantó tabaco, manejó carros de buey, tumbó monte, en fin, sobrevivió. Se acostumbró a los campamentos o la ranchada en campos ajenos. Se acostumbró a la soledad y la rudeza de la ruralidad profunda. Tenía cuarenta años cuando conoció a Graciela, una peluquera de Alba Posse. Salustiano compró una chacra en Paraje Naranjera, bien lejos del pueblo de San Vicente, selva adentro. Graciela cerró su peluquería y se fue a vivir con él. No se casaron: no había tiempo. Construyeron una casa de madera, organizaron los cultivos y la cría. Solos los domingos descansaban y visitaban la cascada que pasaba tras su chacra. Aquello llevó casi dos años. Luego Graciela quedó embarazada. Nacería allí mismo Ramón Eulalio Cardozo.

3

En los años siguientes la chacra les proveyó lo necesario para alimentarse y comprarse las cosas que necesitaban. Miles de kilos de sandía, porotos, cítricos, maíz y mandioca se cosechaban

por año. Tenían vacas, chanchos y patos. Sacaban la producción en carro de buey y la vendían en el mercado. Los sábados, Graciela iba a la Feria Franca. Allí fue que conoció a Ricardo, un colono que hacía mermeladas de kinoto y mamón. Atendía un puesto junto al suyo. Se enamoraron. Comenzaron a verse a escondidas. Salustiano descubrió su suerte gracias al chisme, y echó a Graciela de la chacra, quien en su partida se llevó al pequeño Ramón Eulalio.

4

Cuando Graciela murió, Ramón Eulalio tenía 16 años. Decidió ir a buscar a su padre a ese lugar al cual nunca más había regresado: Paraje Naranjera. Lo encontró arando el suelo con una vieja azada. El rancho lucía maderas podridas y el patio rodeado de mugre. Todo había envejecido. Ya no había plantas. Todo se había desvanecido.

Ramón se dio cuenta de que su padre no advirtió su presencia. Más tarde se enteraría, que Salustiano estaba ciego desde hacía varios años, sin saber porqué, sin siquiera haber ido al médico.

5

Fue apacible y grato para el viejo Salustiano, la repentina aparición de su hijo, por quien cada noche pidió al Gauchito Gil.

Nunca dudó de que le sería concedido el pedido, y que solo era cuestión de esperar los tiempos del Gauchito. Se contentó al sentir el peso de esta razón en su pensar. Ramón se dedicó a limpiar e intentar recuperar la chacra, a la cual ya casi no le quedaba cultivo en pie. Las vertientes se habían secado y los animales muertos o robados. Desde que quedó ciego, Salustiano comenzó a perder todo lo que había construido esos años.

6

Esos años, Ramón logró recuperar la chacra y levantar una casa nueva. Tenía 20 años. Salustiano ya no podía trabajar. Se quedaba sentado la mayor parte del día. Su hijo le había comprado una radio. Se llamó a silencio. Rara vez en el día hablaba. Ramón respetaba su cansancio.

Un día, se enteraron que una familia de porteños había comprado la chacra de al lado.

7

A los pocos meses, llegaron. Era un matrimonio mayor, con tres hijas adolescentes. Instalaron una casa prefabricada. Querían hacer huertas y miel orgánica. Un tiempo después Ramón se escapó de la chacra con la mayor de las hijas. Salustiano no entendía nada. Escuchaba que le gritaban, que le preguntaban

cosas. Vino la policía y se lo llevó. Le pedían que cuente donde estaba su hijo. Pero él no sabía. Le largaron unas semanas después.

8

Cuando volvió a su rancho ya todos los porteños de la chacra de al lado se habían ido. Para entonces Salustiano era el único habitante de Paraje Naranjera. Pese a estar ciego nunca perdió la capacidad de cortar leña. Ahora allí está, sentado frente al fuego. Imagina las formas de las llamas. Siente el calor, su único aliado en la noche, envolverle el cuerpo. Piensa en un leño joven ardiendo de afuera hacia adentro, transmutando para ser brasa y después, ceniza.

## **NI MAIZ PALOMA**

Yo vivía en el altillo de la pensión. Por las mañanas, era tanto el ruido que hacían las palomas apareándose, que yo me iba con mi mate y mi cuaderno al pasillo. Cualquiera que haya escuchado o visto alguna vez a las palomas copulando sabrá de lo que estoy hablando. Es un sonido desquiciado. Se golpeaban contra mi ventanal al coger, haciendo brutal escándalo que impedía cualquier tipo de concentración.

Al principio las observaba. Muchas veces un macho se apareaba con más de una paloma, y luego llegaba otro macho u otra hembra –a veces no podía distinguir- y entonces el apareamiento se convertía además, en lucha, y así era, al menos para mi, imposible escribir un poema.

En el pasillo, al fondo, estaba la piecita de Lourdes, la vieja loca, como la llamaban a sus espaldas los demás pensionistas. Debía de andar por los noventa años. Su pieza estaba todo el día con la

puerta abierta, y desde el pasillo podía vérsela estar allí, sentada en su sillón observando el balcón.

Una de ésas mañanas que me encontraba yo tomando mate y anotando palabras en el pasillo, Lourdes se levantó de su sillón para ir al baño y al pasar se me quedó mirando con una sonrisa.

-Odio a las palomas- le dije.

-¿Por qué? Son tan hermosas.

-Son demasiado ruidosas. No conocen la discreción.

-A mi me encantan. Me encantan. Me gustaría poder caminar para ir a tirarles maíz a la plaza, pero ya no puedo ni bajar las escaleras casi.

Como tanto le gustaban las palomas a Doña Lourdes, otro día le propuse un negocio: que ella me dejara estar en su pieza, y a cambio yo le dejaría contemplar el espectáculo de las palomas en la mía. Solo por las mañanas. La viejita sonrió y aceptó. Yo estaba feliz: ¡quién no puede escribir un poema teniendo la vista de un balcón hacia la ciudad!

Costó subirla hasta el altillo, pero una vez allí, la acomodé en el sillón (que trasladé de su pieza a la mía) de tal manera que tuviera una vista privilegiada hacia el ventanal y a las paredes del viejo caserón, donde estos plumíferos hacían su gracia. Le compré maíz. Descubrí luego que ella colocaba los granos alineados en el borde de la ventana. Se pasaba la mañana entera

viéndolas coger y comer. Su expresión al contemplar estas escenas era de éxtasis. La veía feliz.

Yo en cambio, no pude adaptarme, ni al olor de su cuarto, ni al ruido de autos que se filtraba por el balcón. Me limitaba a quedarme allí sentado, mirando la calle sin hacer nada (como ella). Nunca escribí ningún poema. Ni maíz paloma.



## CONVERSACIÓN

Roque Dalton pregunta: "¿Usted tiene hijos?". Y ella, Gabriela Mistral, contesta: "¿Y por qué me pregunta eso? Siempre a las mujeres nos preguntan eso. A los hombres se les pregunta a qué se dedican. Y a las mujeres, si tenemos hijos".

"Bueno, no se enoje mujer" dice Dalton.

Con una media sonrisa -entre nostálgica y pícara-, Elvio Romero se intromete: "peor es que le pregunten la edad".

"No tengo problemas en decirle mi edad. Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea, la ceniza precoz de la muerte. Y a usted colega (mirando a Dalton y poniéndose de pie) le digo que no. No tengo hijos" replica Mistral. Se pone de pie, observa a los tres hombres de la mesa, y recita en tono grave:

" La mujer que no mece un hijo en el regazo

(cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas)

Tiene una laxitud de mundo entre los brazos

Todo su corazón, congoja inmensa baña..."

Nazim Hikmet interviene: "No exagere señora.". Prosigue a esta expresión un silencio breve. Nazim vuelve a hablar: "¡En el nombre de la tierra tomamos la palabra! ¡Salud!"

Brindan. Beben. Sobre la mesa hay aguardiente, vino y agua.

Elvio Romero dice: "Creo que soy el más viejo". A lo que Dalton replica:

"Viejo es lo que ya no es verdad."

Gabriela Mistral pregunta: "¿Y usted de dónde viene, hombre misterioso?," dirigiéndose a Nazim. Éste contesta:

"Gente desclaza, puños sangrantes, dientes apretados. Es una tierra que es como alfombra de seda. Es este nuestro infierno y nuestro paraíso. Este es nuestro país. A galope tendido, desde el Asia lejana, viene a bañarse en el Mediterráneo: ese es nuestro país. Y yo, soy un viejo nogal lleno de heridas."

Afuera llueve. Elvio Romero fuma. Y dice: "Yo les diré algo sobre mi país, Paraguay". Los demás lo observan en silencio. Romero suspira. Y dice:

"Nuestro país, el mío, el que puedo ofrecerte, aquella dulce tierra violenta, con la frente segada y abolida por un aire quemado , donde ochocientos ríos le dan curso a sus ojos, y cordilleras

verdes le apoyan la andadura, desgajo de protesta vegetal y verano; mi país que se instruye sobre un nivel de lluvias, oh mi país hermoso, despiadado y profundo, fie a sí mismo, puro, implacable.”

Cuando el paraguayo calla, Dalton se apura a decir: “Miseria del pueblo exige Revolución. Revolución exige: dureza noble del corazón. Revolución no teme la muerte”.

Gabriela Mistral se sirve agua y se dirige luego a Dalton: “¿Y qué sabe usted de la revolución. Cuéntenos qué es un revolucionario”.

Dalton se pone de pie. Camina circular y brevemente, unos pocos pasos en torno a la mesa y la ventana. Al fin habla:

“Revolución: movimiento de color rojo, en la vieja casa del hombre.

Revolucionario: Hombre en concordancia consigo mismo y con el movimiento de color rojo, que estremece su casa. Hay un pájaro rojo en su corazón.”

Dalton se sienta y nuevamente hay silencio. Un gran silencio, como si ya ninguno quisiera hablar. Hasta que Gabriela Mistral dice:

“Cabe el mundo entero en una canción.”

Elvio Romero asiente. “La música...ah”. “Cuando una guitarra canta la quejumbre de una endecha, cae una rama desecha”.

Nazim, que había cerrado sus ojos, los abre y dice:

"Si ustedes son patriotas, si ustedes aman a su país, entonces yo soy un traidor. Si, soy un traidor. Si la patria son sus fincas, si la patria son sus cajas fuertes, si es morir de hambre en las cunetas, si la patria es chuparnos nuestra propia sangre en las fábricas, entonces soy un traidor".

Sólo Dalton responde: "El siglo veinte es inexorable, con su alma de computadora y su corazón de relojería".

Pareciera que un gran descubrimiento surca la mente de Elvio Romero. Su tono es urgente:

"La libertad, fogosa, reclama nuestra mano" dice.

Y luego ya más nadie dice nada. Solo se oyen los truenos. Es como si una revelación se hubiera apoderado de los poetas: la certeza de que solo en el silencio puede haber poesía.

## LLEGADA, ESPLENDOR Y OCASO DE UN GACEL

92

El Volkswagen Gacel 1.8 que murió el sábado, fue mi primer auto. Ahora yace, tras el incendio, con el motor achicharrado y a la espera de que compradores de repuestos se interesen por sus restos.

Le contaré, preciada lectora y lector, lo más brevemente que pueda, cómo fue que llegó este vehículo a mis manos, algunas anécdotas, y su trágico final.

Hace un par de años yo era un periodista que iba en bici o colectivo a todos lados. Hasta que me despidieron del diario donde trabajaba y por ello me correspondió una indemnización. Recuerdo de ir a la oficina de Anses a informar mi despido, y enterarme ese día que a los desocupados en la Argentina le pagan 400 pesos por mes como toda ayuda: no hay maquinaria

más efectiva para promover el trabajo en negro que semejante desamparo. Guardé entonces algo de dinero para la supervivencia en caso de no conseguir trabajo pronto, y con una parte, compré el Gacel. Se lo compré a un tío que es un gran mecánico, por lo que el auto, a pesar de ser modelo 1992, estaba impecable. Al poco tiempo de estar en mis manos, dejaría de estarlo.

Todo cambió. Empecé a viajar por la provincia en el auto. No había camino al que no me le animase pese a las advertencias. Viajes en familia, viajes solo, viajes con amigos, con lluvia, con sol, de madrugada, de día, al sur al norte...viajes. Ya en los primeros meses se dieron algunos episodios ciertamente peligrosos. La ruta está llena de gente suicida. Un pequeño vuelco en Fachinal, algún trompo vertiginoso, y otros capítulos de los cuáles siempre salí ileso. Cada vez que algo pasaba, me detenía en el primer panteón del Gauchito Gil que encontraba, para dejar mi ofrenda de cigarros o caña. Siempre andaba con caña o cigarros a cuestas. Y una cinta roja colgando del espejo. Y una calcomanía del gaucho en el parabrisas trasero.

Uno de los episodios más graves fue aquella vez que el Gacel quedó estancado en el barro a 23 kilómetros de la ruta, en plena serranía, allí en el monte profundo de San José, bajo una terrible

tormenta. Cinco días tardamos en poder sacar el auto: fue imposible hasta que no paró de llover.

Claro que hubo también momentos maravillosos, deslumbrantes, diría, inolvidables con el Gacel. El sol cobrizo abriéndose entre las montañas de Cerro Azul al amanecer; los barrancos verdes de la selva en Campo Ramón; el cruce en balsa hacia la preciosa Porto Mauá desde Alba Posse; dormir dentro del auto a un costado de la ruta costera y despertar viendo el río Uruguay y el paso de los bueyes; cantar en el andar rutero a dúo con mi preciosa hija... viajar.

Así fue, paciente lectora y lector, que un día aparecieron los problemas con el motor, que no detallaré aquí. Solo diré que entonces conocí a aquellos artistas que llaman mecánicos. Aunque a veces se equivoquen, mi admiración hacia esta casta es absoluta, tal vez porque para mi, ese arte es una cima inalcanzable. Uno de los problemas principales fue un descomunal consumo de aceite motivado por la destrucción de los llamados "aros". Vivía comprando aceite. Conocí todas las marcas y pesajes. Esta enfermedad del auto era como un cáncer que iba tomando otras partes del motor, ocasionando un sinnúmero de problemas, de los cuales el empastamiento de bujías era el más reiterado.

Estando lejos, en el sur, allá por las rutas patagónicas, charlando sobre autos con mi amigo Joselo Schuap, le disparé mi lamento por la enfermedad de mi Gacel. Íbamos a bordo de un Mercedes Benz modelo 1961, que había sido preparado por otro alquimista de los motores, Paulino, cuyo taller está en Posadas. "Cuando vuelvas, vas a llevar tu auto a Paulino, vamos a dejarle como tiene que ser" me dijo Joselo. Esa misma expresión se repitió luego en una sombreresa regada de vino: "vamos a dejar tu auto como tiene que estar".

Al volver del viaje, la promesa de Joselo se cumplió. Fui a ver a Paulino. Le conté todo. Las palabras de aquel mecánico antes de despedirme, me resultaron conmovedoras: "va a quedar hecho un avión".

Paulino tardó una semana. Llegué a su taller un sábado a la mañana, con plena lluvia. Me invitó un mate y torrijas que su mujer estaba friendo al fuego de unos leños. Me entregó el auto, con aros y otras partes del motor hechas a nuevo. Joselo había cumplido su promesa. Me sentí afortunado, bendecido, cuando tomé ruta 12 y pisé el acelerador. El rugir del motor era música. Parecía nuevo. Un andar liviano y ameno, muy distinto a como lo había entregado.

Pasaron unos meses sin problemas. Hasta que se me metió en la cabeza que estaba gastando mucha nafta. Hice el cálculo: entre



11 y 12 litros cada cien kilómetros. Quizá el carburador, me dijeron. Otros me dijeron que para ese motor y su desgaste, podría ser hasta normal o apenas por encima de la media. Llevé el Gacel a un mecánico amigo, del pueblo donde vivo. Lo revisó. Y me entregó la máquina el viernes. Viajé sin problemas. De Aristóbulo a Posadas, y de Posadas a Apóstoles.

Nos acercamos, gentil lectora y lector, al final de esta historia. Déjeme sorber un par de mates para alivianar la memoria. Bien, será breve. El sábado. Una preciosa tarde que se terminaba. La hora crepuscular. Salí con el auto rumbo al centro de Apóstoles. De repente humo asomando por las hendidias laterales del capot. Humo negro y grueso. Estaciono a un costado de la avenida, justo en la intersección de otra avenida. Bajo corriendo. Ahí veo las primeras llamas. Todo en pocos segundos. Matafuegos. Autos que se detienen. Conductores que bajan y aportan sus matafuegos. Nada detiene al fuego. Éste solo crece, a carcajadas. Es imposible acercarse. Hay gritos. El espectáculo del terror ha comenzado. Yo me siento en trance. Intento mantener la calma. Corro un lado y otro de la avenida, gritando a los autos que se detengan, que no pasen cerca del auto. Alguien al fin lo dice: ¡Va a explotar!. Se corta la calle. Todo el barrio ya salió a ver el show.

Filman con celulares. Ya se ha llamado a los bomberos, a la policía, a todos. Ahora el fuego se agolpa también abajo del motor, arremolinando contra el asfalto. Nadie sabe bien que hacer. La mayoría clama por que nadie se acerque. Surgen sonidos intimidantes desde el motor. ¡Aléjense que va a explotar! escucho gritar a alguien. Un ataque de pánico se apodera de mi. Permanezco por unos instantes quieto, observando el fuego crecer: ahora alcanza hasta el interior del auto, hacia el lado del acompañante. Junto a la vereda hay una casa de madera. ¡Va a explotar! vuelven a gritar. Me cuesta respirar. Solo miro el fuego y me concentro. Solo pido una cosa, a quienes corresponda, a quien sea, a la fuerza que si existe debe actuar: que no explote. Si eso se me concede, nada más será demandado, nunca. Habrá paz. ¡Va a explotar, cuidado! Gritan de nuevo.

En eso llega el camión de bomberos. En pocos minutos, el pánico se disipa y el fuego se apaga. Viene la policía, me hacen preguntas. Agradezco a los bomberos. Me cuesta hablar. Pronto quedaremos en la escena, solos, la noche, el auto muerto, y yo sentado en el cordón de la vereda. Los vecinos ya volvieron a sus casas. Es la hora de la cena. Al fin puedo abrir el capot. El motor totalmente quemado. No se salvó nada. Un niño pasa con su madre, de la mano, me mira. Le sonrío. Me sonrío. Estoy en paz. Ya sin auto, pero en paz. Siento ganas de cantar una canción.

No habrá culpas ni reproches. Camino sin saber a dónde ir. Tengo muchísima sed. La lengua reseca. Hay un kiosco cerca. Compro una lata de Budweiser, larga. La abro. Pego un trago. Mucho mejor. Sigo caminando. Necesito encontrar un remolque. Pienso, Gauchito Gil, tenemos que hablar.

## EL URÚ

Siéntese y sírvase un trago de lo que tenga a mano. O cébese unos amargos si prefiere. Voy a contarle lo que pasó con el Mencho Gómez. La purita verdad de las cosas. No me pregunte cómo, pero yo sé bien lo que sucedió. Déjeme mojar los labios un poco con esta ginebrita, que no será muy buena pero sirve para calibrar la lengua. Ahora sí.

Lo primero, al Mencho Gómez no le decían Mencho sino hasta después que pasó eso. Ya va entender esa parte. Se llamaba Oscar Eulalio, como su padre, y había nacido en Goya, Corrientes, allá por la década del 50. Dicen que sus abuelos y su propio padre eran paraguayos que murieron en la guerra del Chaco. La cosa es que este fulano ya se vino para Misiones de gurisito porque su mamá se entreveró con un gringazo que los trajo hasta Oberá, pero después a los poquitos años ella y el gurisito se escaparon, porque pareciera ser que este polaco le

daba lazo; yo esa parte no sé muy bien, ni soy de meterme mucho en esos asuntos.

Pero así pililí como estaba, debía de tener unos nueve o diez años, el Oscarcito éste tuvo que empezar a laburar para sostener la olla, ya que además de él, había otro hermanito que había hecho el gringo éste que se fue. Anduvo entonces el gurí desde temprano por las olerías, los aserraderos y las chacras de la zona. Creo que ahí ya vivían en la zona de Mártires. Andaba a caballo el vaguito. Y dicen que tenía siempre una faca en la cintura. Ni pelo en las bolas tenía pero dicen que era retobado que Dios me libre ese cambacito.

La mamá dicen que se fue con el otro changuito a Buenos Aires, con un camionero. Éste Oscarcito no quiso ir. Quedó solo en la tapera que tenían ahí en la colonia ésa de Mártires. Empezó a tarefear en los yerbales de esos lados. Laburó mucho con el gringaje de Oberá, Campo Ramón, San Martín, todos esos rumbos. Se volvió respetado cuadrillero después. Casi que era raro encontrar cuadrilleros tan pendejos como aquel.

Ya un poco mayorcito, en el secadero del gringo Schimiski, se hizo guaino. Y después urú. ¿Sabe usted lo que es un guaino y lo que es un urú? Le cuento por las dudas. El urú era, y hablo en pasado porque esas cosas ya no existen más acá en Misiones ni en ningún lado, el operario que en el secadero de yerba mate

estaba encargado de remover constantemente la masa de hojas de yerba que se secan en el antiguo sistema de barbacué. Un trabajo más duro que la mierda, no era para cualquiera. Horas y horas luchando contra el fuego y el humo había que estar. Es lo más parecido al infierno que un hombre puede llegar a estar. Y le digo porque yo también fui urú, solo que allá en la zona de Apóstoles. Para que se dé una idea: tenés que hacer el fuego, cargar las hojas en el secadero, vigilar, dar vuelta las hojas todo el tiempo con una pala grandota de hierro, para que no se quemen las hojas, y recién cuando están secas las hojas, bajarlas y juntarlas. Y el guaino, es el ayudante del urú.

Bueno, resulta que por esos lado había un bolichón a dónde iba el menchaje a matar la sed y escuchar algunos chamamés en las horas libres que dejaba el laburo en el secadero. La Pitanga le decían porque en la entrada, afuera, donde se ataban los caballos, había cualquier cantidad de arbolitos de pitanga.

El Oscar Gómez éste, solía ir pero nunca se enjuntaba con naides. Andaba siempre solo. Su única compañía parecía ser su caballo. Le gustaba la caña. Un día estaba cañeando en La Pitanga, dicen que había un gaitero ahí farreando y otros menchos, parece que era de noche y habían pagado a los del turno tarde. Más del lado de la barra estaba la mayoría de los peones, borrachos ya la mayoría. Afuera, paró una camioneta. Y

abajó de ahí uno de estos gringos copetudos, como dice Cafrune creo que era, de riñón cubierto, con olor a bosta de vaca en las botas relucientes. Dicen que andaba buscando menchos para una alambrada y una tarefeada no sé dónde puta. Entró altanero, y a los gritos ofreció chupi gratis para todos. Estalló el sucucho en un solo sapucay. Todo el mencherío empezó a pedir cerveza, vino , caña, ginebra, lo que raye.

Todos menos Oscar Gómez, que ni siquiera levantó la vista a todo ese alboroto. Cuando terminó su vasito, se levantó, desató el caballo y fue a cumplir su turno en el secadero.

Estaba déle palear las hojas sobre el catre, puro sudor de estar expuesto a esos noventa o cien grados de temperatura, cuando escuchó el grito ebrio:

—¡Mencho sucio, negro hambriento! ¿Qué mierda te creés para despreciarme un trago croto de mierda! Te ando buscando para que me pidas perdón rata apestosa.

El urú Oscar giró la cabeza hacia atrás. Ahí estaba el gringo copetudo del boliche. Dicen que Oscar Gómez no dudó ni un instante. Le entregó la pala a su guaino, caminó hasta el gringote, le aplicó un puñalazo en el pecho, y ahí nomás le llevó hasta al lado del catre donde se cocía la yerba, para de un solo respingón echar a aquel cristiano arriba del fuego.

Dicen que impresionante la catanga que salió de ese cuerpo, que quedó carbonizado a más no poder. Gómez subió al caballo y rajó. Nunca más le vieron por la zona.

Pero pasaron los años y los carteles en las comisarías seguían ofreciendo recompensa para encontrar a ese tal Mencho Gómez. Parecía habérselo tragado la tierra. El hijo de aquel gringo que Gómez tiró al fuego, que había sido se apellidaba Zsokalski, no descansaba ni un día en la búsqueda de vengar a su padre. Y el Mencho Gómez, tal vez por hambre, tal vez por amor al oficio, vaya a saber, cometió un grave error. Pasaditos unos siete años del hecho, se presentó para el cargo de urú en un secadero del norte. Ahí fue que le encontraron. Dicen que la escena fue casi la misma. El hijo del gringo, esta vez rodeados de policías, pegó el grito al urú:

—¡Mencho de mierda, a vos te estaba buscando!

Y ahí nomás, con la ayudita de los oficiales, le tiraron al Mencho Gómez a aquel fuego, su fuego. Le dejaron arder hasta que ni los huesos. Al dueño del secadero le habían pagado por adelantado. Por los daños, por la pérdida de esa cosecha de hojas, y por la pérdida de un peón.

Eso fue lo que pasó con el Mencho Gómez aquel. Ahora, mi amigo, me paga otra ginebrita si cree que la historia valió la pena. Sino, no importa, total acá me siguen fiando.



# Índice

DESINSPIRACIÓN.....	2
CENA.....	5
AMOR DE PERNAMBUCO.....	6
REIKI.....	10
MATE.....	12
BARRO.....	16
MUDANZA NOCTURNA.....	23
QUEDARSE EN CASA.....	26
EL MONTE DE LAS PALTAS.....	30
TAXI.....	35
CLAMOR DE SIESTA LARGA.....	39

VENGANZA .....	42
LAGRIMAS GRUESAS, PERMANENTES .....	44
CHIVATO .....	47
VALLE ADENTRO .....	51
RITA Y EL MAESTRO.....	54
EMBRUJADO.....	58
TE SIGO ESPERANDO .....	62
LIMA.....	65
FAENA.....	67
INICIO.....	70
APARICIÓN DE TITO ORDOÑEZ.....	72
RIMA.....	75
REVELACIÓN.....	76

MIRANDO EL CIELO.....	91
LA BAILARINA.....	92
TIEMPO.....	93
CUANDO OCTAVIA CUMPLIÓ 8.....	94
LA CAMPESINA.....	95
BUENA COMBUSTIÓN .....	96
DESENLACE CONCIENTE.....	97
TENER.....	98
ESCARCHA Y ROCÍO.....	102
EL NIÑO SOLDADO.....	107
PARA QUÉ SIRVEN LAS PESTAÑAS.....	112
ARBOL DE TODOS LOS SUELOS.....	119
NIEBLA.....	120

SILENCIO.....	123
EL DOLOR ES UN PERRO RABIOSO.....	125
A SALVO.....	131
DESVIENTO EN EL PARANÁ .....	132
DIOS TE AMA.....	133
BRASA, DESPUÉS CENIZA .....	137
NI MAIZ PALOMA.....	142
CONVERSACIÓN.....	145
LLEGADA, ESPLENDOR Y OCASO DE UN GACEL 92.....	149
EL URÚ.....	156